



LOS CUARENTA CUENTOS

Relatos que reviven sueños

Armando Acuña O.

Autor:
Armando Acuña O.

Diseño de Portada:
Armando Acuña O.

Fotografía
Laura Parra S

Ediciones:
2016 Edición impresa 200 ejemplares por primer premio narrativa concurso literario centenario Nicanor Parra, I. Municipalidad de El Tabo. Chile
2019 Edición digital gratuita.
2019 Edición impresa comercializada solo por el autor o sus representantes.
2020 Edición digital gratuita y corregida

Propiedad Intelectual:
Queda prohibida la reproducción impresa parcial o total de este libro sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Registro Propiedad Intelectual Santiago, Chile
N° 270.203

ISBN:

Si este libro te ha gustado considera una donación vía Paypal en
www.armandoacuna.com
Ahí también puedes descargar gratis otros libros del autor.

INDICE

El paisano	7
Tu pequeño cuarto del balcón azul	11
El agua fresca	15
Mi muy querida Madame Rachelle	17
Atracción eléctrica	19
La vida de Juan	21
En abril volvemos al mar	27
El loro iluminado	29
Lo que da miedo	31
El librero de Ñuñoa	33
El mago de los cambios	35
Un humano más	37
Tsunami en reversa	39
Jerosolimitano	41
Amanecer con Charlotte	45
El cordero en la colina	49
Voy, voy	51
Sesión nocturna	53
Aladino, el genio y los celulares	57
La fila del arroz	59
Somos nuestro entorno	61
Ocasión de danzar	63
Una pesadilla en la cama	65
El robo del banco	67
Aprendiz de equilibrista	69
Mis peores enemigos	71
Patrones conductuales	73
El libro de los nuevos amigos	75
El día que perdoné a la mosca	77
El impresor	79
Cocina creativa	81
Noche de verano	83
Desayuno para días fríos	85
El camino al paraíso	87
La bañista	89
El cuento del burro	91
El aspirante	97
El guardián de las maletas	99
La alfombra voladora	101
Movimiento robótico	103
Iván Consinsuerte	104

Prefacio

"Efectivamente son cuarenta cuentos los que componen este libro del escritor Armando Acuña. Ante el título surge de inmediato la pregunta ¿por qué esa cantidad de textos y no más ni menos?. Digamos que es una suerte de compromiso pendiente que se revela de entrada al libro.

Avanzando en la lectura se lucen una importante cantidad de relatos aparentemente sin conexión entre ellos, pero con un alto sentido reflexivo.

Armando Acuña, mediante el diálogo de sus personajes, nos propone espacios cotidianos con episodios de la vida que podrían ser un claro reflejo de aquello que está ahí, cercano y que no logramos percibir siquiera.

Adentrarse en estos cuentos es, a fin de cuentas, una grata invitación a la lectura. Es un detente y estar un poco más atentos a los instantes imprescindibles: "Mejor que un libro es un amigo, y si él se va, entonces aprovecha un libro mientras aparece otro amigo". Es lo que nos recomienda uno de los personajes que sabe tanto o más de libros que nosotros. Celebro la escritura de Armando y la ocasión de esta publicación que nace en esta parte del litoral."

Juan Eduardo Díaz
Escritor y Poeta

El Tabo, Chile, septiembre 2016

Breve reseña del autor

¿Una reseña mía, en este momento, cuando son las tres de la tarde y aún estoy en pijama disfrutando la sombra del limonero de mi casa? Bueno en mi descargo podría decir que quizás soy un malabarista de las palabras intentando disfrazarse de escritor. Ahhh también gusto mucho de exprimir personas, personajes y personalidades, ya imaginarán ustedes los jugosos diálogos que se obtienen de cada uno de ellos.

Armando Acuña

Publicaciones:

Los Cuarenta Cuentos
¡Gusano!
Diccionario de Nudos
Manual de Serigrafía

Próximos a publicarse:

Bartolito
Ratonilo
Mi tío Aurelio
Aplicabilidad
Cuentos de Cocina
Poesía mientras camino
¡Desapretate! tralalalala
Dibuja (Título provisorio)
Escribe (Título provisorio)
Y varios más....

Agradecimientos

Agradezco a Tere, Larín, Larete, Lanira, y demás nombres que le doy a mi esposa, amiga, compañera y cómplice por su amor y apoyo incondicional en mis sueños y proyectos.

Agradezco a cada persona que ha compartido su pan, sus risas, sus lágrimas y vivencias conmigo.

Agradezco a la vida la oportunidad de tratar de llegar a ser un buen hombre.

Armando Acuña

El paisano

Ese paisano que, años atrás, leía mis notas y fumaba mis cigarrillos en el cruce a las minas, sabía, mejor que yo, que algún día escribiría cuarenta cuentos.

No había nada en ese cruce; ninguna construcción, ni siquiera un matorral en ese desértico lugar. Ahí me había dejado el camión al que le había hecho dedo, ya que seguía hacia arriba, a las minas, y yo iba por el otro camino, a Santiago.

Después de un rato llegó una camioneta, que también iba a las minas, se detuvo y bajó él; un hombrecillo delgado, de caminar firme y sonrisa amplia. Dejó en el suelo su bolso de lona con una desgastada frazada enrollada y fue a orinar al costado de una roca. En seguida se adelantó a estrecharme su callosa mano salpicada de rocío. Me miró con calma, luego extendió los brazos como si tratara de abarcar todo el cielo y el horizonte y preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Unos veinte minutos. —le dije.

—¿Nació hace veinte minutos? —dijo sorprendido.

—Usted me preguntó cuánto....—le respondí.

—Mire, paisano —me dijo, moviendo su dedo índice— las respuestas cuerdas solo sirven para tener un trabajo asalariado y un matrimonio aburrido y yo —recalcó apuntándose al pecho— no puedo ofrecerle trabajo ni matrimonio.

— ¡Jajaja! Llevo aquí veinte años —le dije riendo.

—¿Y qué le parece el lugar?

—Grandioso —respondí—, a veces complicado, medio loco, pero siempre hermoso.

—Sí, —razonó él— aunque a alguna gente no le gusta por las piedras y se pone a pavimentar todo para que se vea parejo.

Tomó unos pedruscos y los ordenó en un pequeño montículo. Abrió su bolso y sacó una gastada fotografía de una mujer, la puso encima de las piedras y se arrodilló. Hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañara. Me instalé a su lado tratando de recordar alguna oración.

—¿Anda con ofrendas? —preguntó.

—¿Ofrendas?

—Sí, ofrendas de comida. Páseme su mochila.

Le alcancé mi mochila, rebuscó por ahí y encontró el resto de un pan con queso, una naranja y una cajetilla con algunos cigarrillos. Miró mi cuaderno de apuntes y preguntó:

—¿Qué es?

—Mi libreta de notas —respondí—. Ahí escribo mis sueños y pensamientos.

Dejó la libreta un lado, tomó el pan, la naranja y los cigarrillos y los colocó al pie del rústico altar. Después de decir unas palabras de agradecimiento, tomó el

sandwich y me pasó la mitad.

—¿Nos vamos a comer las ofrendas? —le pregunté.

—Ya están bendecidas; soy su hijo. —respondió.

—¿Falleció? —le consulté.

—Mi papá la envió al cielo.

Enmudecí y agaché la cabeza.

—No es para estar triste; ella está muy bien, me cuida y de noche me viene a ver.

—¿Y... su papá?

—Lo dejé en el infierno. —dijo.

Me atoré con el pan y me dio unos palmazos en la espalda que casi me botan al suelo.

—No, paisano. No lo maté; ya tenía su propio infierno.

Terminó la mitad de su naranja, se limpió las manos en los pantalones y se puso a hojear mi libreta.

—¿Qué es esto? —dijo, indicando una página escrita.

—Son pensamientos.

—”Estás deteniendo el tiempo con risas de olas y mar”... Está bonito. ¿Y quién tiene ese pensamiento?

—Nadie, o sea yo, pero nadie en particular. —respondí.

—¿Es el pensamiento de un enamorado? —preguntó de nuevo.

—Podría ser.

—¿Y qué más hace ese enamorado? —me dijo gesticulando las manos.

—No sé, no existe, así que no sé que más hace.

—Paisano; un pensamiento bonito es un milagro. Si hay un milagro tiene que haber un santo; si hay un santo tiene que haber diabluras y a mí me gustan los cuentos de diabluras de los santos.

—¿Le gustan los cuentos? —pregunté.

—Sí.

—Trataré de escribir un cuento con eso.

—¿Sólo un cuento? —replicó con una sonrisa traviesa.

—Bueno, diez cuentos.

—Es poco. —respondió.

—¿Veinte cuentos?

—Todavía es poco. —me dijo.

—¿Le parece entonces que escriba cuarenta cuentos? —respondí exasperado.

—Sí, para empezar podrían ser cuarenta cuentos.

—¿Está loco? No puedo escribir cuarenta cuentos.

—¿Por qué no? —replicó.

—Porque no sé escribir cuentos.

—A ver —dijo él—, primero dijo que trataría, después dice que no sabe y ahora me va a salir con que es imposible. ¿No debería ser al revés?

—Está bien, lo haré. —respondí.

—Los estaré esperando.

—¿Dónde? —pregunté.

—¿Ve esa roca grande en la curva del camino? Déjelos ahí debajo, y cuando pase por acá miraré si están ahí mis cuentos.

Esa tarde pasó un camión que iba a la frontera y mi amigo el paisano se encaramó en él.

No lo he vuelto a ver, y este invierno, después de varios años, he regresado al mismo lugar. Bajo la roca puse una cajetilla de cigarrillos, una naranja, un sandwich de queso, y bien protegidos, le he dejado sus cuarenta cuentos.

Tu pequeño cuarto del balcón azul

Había tomado el último bus a Valparaíso. Me acomodé para dormir un poco cuando recordé que no había guardado la billetera. Busqué en los bolsillos y no estaba, revisé la mochila y ahí tampoco. Recordé que, en algunos asientos de buses, las cosas pequeñas quedan metidas en el espacio entre el respaldo y el asiento; metí la mano y toqué algo duro. Ahí estaba, pero sentí que había algo más. Era un pequeño estuche de colores, adentro tenía un billete de dos mil pesos, unas monedas, una boleta que decía “Vale por un envase de cerveza”, y una cuenta de luz con aviso de corte. También había una arrugada hoja escrita a mano:

Qué noche aquella, Mariana, en tu pequeño cuarto del balcón azul. Iluminados sólo por esa cómplice luna ovalada que se colaba por tu ventana; ciego para todo lo que no es tu piel, sordo a todo lo que no es tu voz. Si de tanto abrazarnos sentía que las flores del papel mural danzaban como ballet de estrellas de mar. Tan loco estaba que quería salir a la calle a pedirle a la luna, sí, así, desnudo y con bototos, que por favor se detuviera para eternizar las horas en tu pequeño cuarto del balcón azul.

La dirección de la boleta de luz era por el Cerro Alegre y al día siguiente, que era sábado, me dediqué a buscar hasta que llegué a una calle estrecha y, no podía creerlo, ahí, en esa dirección, había un balcón azul. Me quedé mirando. “Será ese”, me decía, cuando en el apareció una muchacha con el pelo mojado. Tendió una toalla y por un momento dejó sus ojos como interrogando al cielo, su mirada bajó lentamente, a la calle, sin verme, como si estuviese desierta; volvió la vista a las glotonas nubes y entró.

Tomé por una angosta y larga escalera, toqué en una puerta; abrió la misma joven del balcón.

—¿Mariana? —pregunté.

—Sí.

—¿Este estuche es tuyo?

Tomó el estuche, lo abrió y comenzó a leer la hoja.

—¿Dónde estaba? —dijo.

—Lo encontré en un bus y la boleta tiene esta dirección.

Terminó de leer la hoja y empezó a romperla en pedazos.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—Nada. Ya dejó de pasar.

Tomó una guitarra que estaba colgada de la pared, le quitó el polvo con la manga de su suéter y se sentó a tocar una lenta tonada. Parecía estar en otro universo de recuerdos y dolores. Me sentí extraño, forastero en ese lugar. Me iba a retirar cuando me dijo:

—¿Sabes alguna canción?

—No, no sé, creo que no soy bueno para cantar. —respondí.

—¿Y alguna de niño? —preguntó otra vez.

Me acordé de una que cantábamos con mi hermana chica. Y me puse a recitar mientras movía la cabeza.

—Los ratones, los ratones, pobreiiiiitos los ratones. Los ratones, los ratones, pobreiiiiitos los ratones.

—¿Y esa canción? —dijo Mariana— No la conocía.

—La inventé cuando era chico.

—¿Y cómo sigue?

—Esa es toda la canción. —respondí.

—¿Es toda? ¡Jaja!, ¡qué buena! —dijo riendo.

—Es corta y se repite —añadí más envalentonado—. Se acompaña con movimiento. Mira.

Me puse a cantar mientras marchaba y me quedaba congelado un instante en la iiiii de la canción para luego proseguir.

—Los ratones, los ratones, pobreiiiiitos los ratones. Los ratones, los ratones, pobreiiiiitos los ratones.

—Es divertida —me dijo— mientras se ponía a mi lado pasando su brazo por mi hombro para marchar juntos.

—Y también se hace rápido y lento —le dije mientras aumentaba la velocidad y luego lo hacíamos lentamente y también hacia atrás y adelante. Nos detuvimos jadeando y me preguntó.

—¿Cómo te llamas?

—Alberto. —le respondí.

—Alberto, Alberto —dijo lentamente saboreando las palabras.

Nunca antes mi nombre me había parecido tan bello.

—Alberto, ¿sabes qué hace una persona cuando está cansada de la vida?

Me quedé callado; no quería mencionar la palabra muerte ni nada parecido.

—Se hace otra vida, por supuesto —dijo riendo—, y se me acaba de ocurrir ahora. Ya no me voy a quedar congelada en la iiiii, voy a salir a moverme y cantar. Esta ratona ya no va a seguir en una cueva.

Cómo hubiese querido ser yo su ratón, pero por esa época mi timidez no alcanzaba ni para un pelo de laucha.

—Alberto, me trajiste fuego y agua, ahora necesito un café.

Yo me quedé pensando que no andaba trayendo café, ¿o quería que fuera a comprar uno?

—Invítame un café, Alberto.

—¿Dónde? —exclamé.

—Vamos por ahí.

Bajamos a la calle. Ahí, frente a su casa, se quedó unos instantes mirando el balcón y hablando como para sí misma:

—Se siente mejor cuando uno respira de lejos.

Paramos en un restaurante de barrio y pedimos un par de café que llegaron en unos inmensos tazones.

—¿Qué te dio por devolver el estuche? —me preguntó.

—No sé, fue un impulso, nunca hago cosas así, pero también tenía curiosidad.

Se quedó en silencio un rato, me tomó la mano y me dijo:

—¿Te puedo pedir un favor?

—Sí, por supuesto.

—Quiero que mañana me dejes en el bus. —pidió.

—¿Te vas a ir? —pregunté.

—Sí, a Santiago y de ahí a España; tú lo has dicho: impulso y curiosidad.

Nos quedamos conversando hasta que cerraron el local, la dejé en su casa y me fui a caminar entre ensueños mientras comenzaba a clarear. Por ahí compré un sándwich de queso y ya a las diez estaba tocando a su puerta.

—¿Tomaste desayuno? —le pregunté.

—No he tenido tiempo, estaba guardando las cosas.

—Toma, alimento fortificante para ratones —le dije pasándole el pan con queso.

—Gracias, me va a hacer falta, —dijo dándole un mordisco— la mochila quedó muy pesada.

Ya en el terminal, mientras anunciaban la salida del bus, le pregunté:

—La guitarra ¿la vas a llevar arriba o en el maletero del bus?

—No la llevo, es para ti. —exclamó.

—¿Para mí?

—Alberto. Quiero que compongas canciones y si puedes haces una para mí.

—Lo haré, en verdad que lo haré. —contesté.

—Y... te quiero pedir un favor más...

—Dime.

—¿Podrías despedirte de mi como si yo fuera tu gran amor? ¿Lo harías? Te pareceré tonta, pero necesito creer que dejo a alguien que me quiere.

La tomé en mis brazos, busqué su boca y lentamente estampé toda mi alma en ella. Nos separamos con los ojos abiertos como platos y nos abrazamos de nuevo; tomó rápido su mochila y subió al bus.

Se quedó un mes en Santiago y partió a Madrid. Me escribía contándome sus cosas, que le habría gustado conocerme antes, y que se reía sola porque se pillaba de repente cantando la canción de los ratones.

Yo, por mi parte, no dejé que se acumulara polvo en la guitarra. Era cosa de llegar a mi cuarto y tomarla para ensayar tonadas. Como me daba pena dejarla, la llevaba a la universidad, a los parques e incluso comencé a tocar en la calle.

Había pasado poco más de un año de su partida cuando la llamé por teléfono.

—¿Mariana?

—Sí, ¡Alberto!, ¡qué alegría escucharte. Qué sorpresa tan linda, si ya estoy llorando!

—Quería decirte...
—Sí, dime. —añadió.
—He escrito un par de canciones...
—Alberto. Me las puedes cantar, me gusta mucho cuando me escribes y te imagino a mi lado...
—No puede ser desde aquí.
—Alberto, por favor...
—Primero necesito un café contigo.
—¡Noooooo!, ¿Es cierto? Dime que es cierto.
—Sí. Estoy en Madrid.

El agua fresca

Rasvín, un joven erudito, fue en busca de Anmarsuan, un monje que le podía enseñar el arte de la atención. Le indicaron que vivía en la otra orilla del río, y, para no mojarse, podía pagarle al barquero para que lo llevase allí.

El barquero llevó a Rasvín y le indicó el faldeo de la montaña donde podía encontrar al eremita. El joven se presentó ante él y le pidió que le enseñara la práctica de la atención.

El monje le entregó un cántaro para que bajase al río a buscar un poco de agua fresca.

Volvió rápidamente Rasvín con el agua y el monje le preguntó:

—¿Qué sientes?

Él respondió:

—Siento que estoy haciendo algo útil, pero encuentro que es un desperdicio de viaje, pues podría traer el cántaro con más agua.

Anmarsuan le indicó entonces que trajese el cántaro lleno, y una vez que lo hizo volvió a preguntarle:

—¿Qué sientes ahora?

—Me siento agradecido que me des la oportunidad de servirte, aunque preferiría que me enseñaras acerca de la atención.

El monje se acercó a la jarra, olió el agua y le dijo:

—Esta no es agua fresca. Bótala, no sirve, y trae el cántaro lleno con agua fresca.

Rasvín bajó al río y volvió a subir con el agua. Éste la olió nuevamente y le dijo:

—Vuelve a cambiar el agua.

Así estuvo el joven todo el día, sube y baja con el jarrón de agua, hasta que al atardecer, ya muerto de cansancio, se detuvo a medio camino; dejó el cántaro en el suelo y, con la respiración galopante, observó los cambiantes colores de las montañas mientras se ocultaba el sol. El corazón le latía tan fuerte como si tuviese un toro acorralado. El sudor le corría por el cuerpo y le daba picazón en lugares que ni sabía que existieran.

El monje llegó a su lado y le dijo:

—Prueba el agua.

El joven levantó la jarra, probó un poco de agua en sus labios, y luego tomó un gran sorbo. Se quedó un momento inmóvil con el jarrón en las manos, y en seguida lo elevó por sobre su cabeza y, de un sola vez, derramó todo su contenido encima del cuerpo.

El monje sonrió y volvió a decir:

—Prueba el agua.

Rasvín sonrió también y bajó lentamente mientras se quitaba la ropa. Se metió al

río sintiendo cómo sus pies, apoyados en la resbalosa grava, sostenían su peso, a la vez que el viento refrescaba su espalda mojada. Introdujo sus brazos, hombros y cabeza en el agua mientras sentía que la corriente del río atravesaba su cuerpo y deshacía el cántaro de su mente. Era la primera vez que le prestaba verdadera atención a su cuerpo y a su entorno.

Sacó la cabeza del agua, observó que el cielo estaba tomando un resplandeciente color anaranjado, y que unas aves volaban a ras del río en busca de los insectos que comenzaban sus salidas nocturnas.

Hacia la orilla, vio al monje, subiendo la ladera con el cántaro lleno de agua fresca.

Mi muy querida Madame Rachelle

Estaba en mi tienda revisando unas cajas de mercancía recién llegada de Europa cuando entró el nuevo inspector. Me extrañó que llevara una venda sobre un ojo.

—Inspector. Buen día, ¿Pero qué le ha sucedido?

—Un pequeño accidente al afeitarme —dijo mientras sacaba un papel de su bolsillo y me lo ponía enfrente.

—Monsieur Abelard ¿Es suya esta carta? ¿Usted la escribió?

Miré la hoja. Reconocí mi letra y el contenido; comencé a temblar mientras asentía con la cabeza.

—Por favor, léala en voz alta. —dijo el inspector mientras se sentaba en un piso alto.

Yo, sintiendo que el suelo se deshacía bajo mis pies, comencé con la lectura.

Mi muy querida Madame Rachelle.

Como usted ya habrá sido informada por su esclavo Balumba, he entrado en contacto con su fraternidad a través de las siguientes circunstancias:

Hace dos meses sorprendí a su negro robando en mi tienda. Lo tomé del cuello para llevarlo a las autoridades y me dijo:

“Monsieur Abelard, no atraiga la calamidad a su persona; deje a este hombre en paz y podrá mantener alejada la mala suerte. Mi ama es una poderosa hechicera, la magia que ella posee no la tiene nadie; las ofrendas para alejar la mala suerte deben ser con objetos robados.”

Yo le dije: “Eso se lo dirás al nuevo inspector, yo no creo en la mala suerte”.

Malumba me respondió: “Por eso murió Monsieur Gastón, el inspector anterior. No hizo caso a la magia; insistía en atrapar ladrones, y cómo es posible que lo hallaran ahogado si él sabía nadar. Él atrajo la mala suerte por tratar de encontrar ofrendas robadas. Déjeme ir y le aseguro que, antes de las doce de la noche, escapará usted de la mala suerte. Si no es así, yo robaré en otro lado y le traeré el triple de lo que saqué hoy”.

Lo solté, pues me pareció un buen acuerdo y, ya al anochecer, volvía a mi hogar pensando en estas cosas, cuando estuve a punto de ser atropellado por un carruaje que iba como el demonio. Lo alcancé a esquivar pero caí en una zanja. Me puse de pie todo embarrado y, al tomar el atajo del bosque, sentí a mis espaldas una presencia extraña que me puso la carne de gallina, y sólo atiné a correr a mi casa.

Esa noche no pegué un ojo y, temprano, al día siguiente, fui a hablar con Balumba para protegerme de las calamidades; quien después de hacerme jurar lealtad me dio las siguientes instrucciones:

Monsieur Abelard, debe permitirme robar en su tienda las ofrendas que mi ama necesita para otorgar protección a aquellos que la respetan. Como nuevo miembro, debe hacer robos a su entera discreción, pero no se aceptan ofrendas compradas o ya poseídas; todas deben ser robadas.

Le contaré, mi querida Madame, que cuando su negro llega a mi tienda me alejo un poco para que pueda robar con tranquilidad. Dejo a su alcance coñac francés, sombrillas inglesas para damas, medias de seda y cosméticos recién llegados; pero parece que las mejores ofrendas son el tabaco suelto y el aguardiente casero a juzgar por lo que encuentro faltante.

Le alegrará saber que ha mejorado mucho el negocio, pues también aprovecho de robar a los clientes lo que han comprado en otros lados, y siempre he sido muy riguroso en entregar a Balumba todas las ofrendas que usted necesita para otorgar protección a nosotros, sus fieles seguidores.

El motivo de escribirle es porque quisiera que confiara más en mí, ya que su esclavo me encarga escamotear cosas pequeñas como naipes, pan de miel, licores caseros y algo de dinero. Le aseguro que usted y yo podríamos hacer grandes cosas en la metrópoli ya que en este perdido lugar no es mucho lo que se puede robar.

PD: Balumba me ha dicho que coloca las ofrendas frente a un retrato suyo bailando desnuda, y quisiera también uno de esos para colocar mis ofrendas personales.

*Siempre suyo
Monsieur Abelard*

Temblando aún, le dije al inspector:

—Nos ha descubierto; a Madame Rachelle, al esclavo Balumba y a mí.

—Madame Rachelle nunca estuvo en esto —dijo tomando y guardando el papel —; ayer vió la misiva que usted le remitió y encaró al esclavo. Me llamó y al leerme la carta le ha dado un ataque y ha fallecido. El esclavo Balumba no dejaba de recitar que ha sido la mala suerte y parece que ha sido muy mala suerte.

—¿Qué pasará conmigo?

—Monsieur Abelard, yo no crecí en Francia —dijo tomando una galleta de un frasco de vidrio —, yo me crié aquí, en las colonias, y sé que las cosas son diferentes. Como que un hombre casi puede perder un ojo al rasurarse en la mañana —recalcó mientras me indicaba el parche en su cara.

—Disculpe inspector —le dije— pero no creo entender.

—Si tiene la gentileza de traerme una taza de café, podría ayudar.

Fui a la cocina y preparé un buen café.

Al volver a la tienda ya no estaba el inspector, tampoco el frasco de las galletas ni mi billetera.

Atracción eléctrica

Josefa soñaba que las ramas de un árbol golpeaban la ventana de la casa. Despertó y escuchó. Alguien llamaba.

—Josefa, déjame entrar.

—¿Héctor? —preguntó la joven.

—Sí, soy yo, abre la ventana y ayúdame a subir.

Con algún esfuerzo, Héctor logró encaramarse y caer dentro de la habitación.

—¿Te escapaste de la cárcel, y en calzoncillos? —preguntó Josefa.

—No, ¡vengo de una fiesta de pijamas! Por supuesto que escapé de la cárcel, ¿de dónde más iba a venir?

Josefa lo abrazó con ojos cerrados, temiendo que si los abría volvería a su sueño.

—Y tengo hambre— dijo él mientras le tomaba suavemente la cabeza y la besaba.

—¿De qué? preguntó ella, abriendo los ojos con una sonrisa expectante.

—De ti también, pero primero quiero comer algo.

—¿Cómo escapaste? — le preguntó, abriendo el refrigerador—. Espero que no hayas matado a nadie.

—No, creo que no. ¿Recuerdas que una vez te conté que, cuando chico, le dimos un golpe de corriente a una vieja malas pulgas; pues ella, con un cuchillo, nos reventaba las pelotas de fútbol?

—Sí, me dijiste que así se desquitaba por los pelotazos en su casa. —comentó Josefa.

—Fue por eso que te pedí que me llevaras a la cárcel dos pelotas de cuero.

—¿Te escapaste con dos pelotas?... bueno, aparte de las tuyas.

—Mira —dijo Héctor—, la idea era tirar una pelota húmeda, conectada a un cable eléctrico, a la franja de seguridad. Un amigo le daría la corriente cuando el guardia la recogiera, así mientras él gritaba y atrajera la atención, yo podría tirar la otra pelota, rellena con piedras y bien amarrada a una soga, por encima del muro para treparme.

—Buen plan. —opinó Josefa.

—Sí, salió bien y mal. —agregó él.

—¿Cómo?

—Lo bueno es que resultó. El guardia recogió la pelota y gritó al recibir la descarga. Llegaron más guardias a ver lo que pasaba. En ese momento tiré la otra pelota sobre el muro y trepé por la cuerda. Lo malo es que los demás presos, que no sabían nada, se acercaron a la reja y les dio la corriente a todos; gritaban como chanchos. Desde el muro vi un destello eléctrico que los lanzó lejos. Yo caí de espaldas atravesando el techo de una casa.

—¿Por eso son los moretones en la cara? —preguntó Josefa mientras le acariciaba las mejillas que, como globos, se inflaban a cada mordisco de pan con queso.

—No, eso fue por los bastonazos de la gorda pilucha. —respondió Héctor.

—¿Qué gorda pilucha?

—Caí dentro de un dormitorio, se abrió la puerta y apareció una gorda, mojada y tapada a medias con una toalla. Tenía un bastón metálico en la mano y comenzó a darme golpes en la cabeza. Yo tomé una lámpara para protegerme, y parece que estaba encendida, porque la lámpara, el bastón y la gorda empezaron a soltar chispas.

—¡La electrocutaste! —exclamó Josefa.

—Ella se electrocutó sola, pero lo peor es que se desmayó y yo no podía abrir la puerta con la gorda en el suelo. Traté de tomarla por entremedio buscando alguna parte firme para moverla, pero costaba porque estaba enjabonada entera. De pronto me abraza apretado mordiendo mi oreja y me dice:

—Efraín, volviste. Mi pajarito perdido.

—Ahí se me pararon todos los pelos. Solté a la gorda, tomé el velador y lo puse encima de la cama para alcanzar el hoyo del techo. Di un salto y quedé colgando de una viga, pero la gorda se agarró de mis pantalones mientras gritaba.

—¡Ven acá, no te irás de nuevo!

—Me liberé a patadas y me encaramé al tejado quedando sin pantalones, así que fui de techo en techo hasta que bajé en un patio de carga. Me escondí debajo de un camión y esperé que oscureciera.

—¿Y ahora, qué vas a hacer? —preguntó Josefa con labios juguetones, mientras dejaba caer un tirante de su camisón.

—Creo que debo estudiar electricidad.

La vida de Juan

Desde un cierto punto de vista, este era un mal día para Juan. Hacía diez minutos que lo habían despedido del trabajo. Ese no era el problema más apremiante; el problema era que lo habían despedido tan temprano que no tenía nada que hacer el resto del día. A su casa no iba a ir tan pronto a enfrentarse con la ira de su mujer. Los cines todavía no abrían, y ya había desayunado, así que no tenía hambre como para ir a una cafetería. Estaba la posibilidad de ir a leer el diario sentado a un parque, pero los diarios pierden su sabor cuando se leen fuera de la oficina, además de que, a esa hora, tanto el pasto como los bancos del parque están siendo regados por los jardineros.

Así estaba, como un poste humano en la calle, zarandeado por los últimos oficinistas que se apresuraban a llegar a sus puestos de trabajo. En ese momento se fijó en un gran cartel al otro lado de la avenida con la leyenda:

Y.. ¿CÓMO SIGUE LA HISTORIA?

—¡Vaya! —se dijo a sí mismo—, esa pregunta es para mí.
Se encaminó al cartel para leer la letra chica:

"Y.. ¿CÓMO SIGUE LA HISTORIA?

Si la historia de tu vida no merece ser contada o escrita es porque aún no has entrado a tu verdadera vida. Pero no hay que afligirse. Si estás leyendo esto es señal de que aún respiras. Entra, lee un libro y descubre lo que han vivido otros; así tomarás ánimos para comenzar a escribir tu propia vida."

El edificio del cartel resultó ser una biblioteca. Comenzó a subir la ancha escalinata que conducía a las añosas puertas. En un largo pasillo embaldosado había una mujer descalza, que, acomodada en el soleado nicho de una ventana, revisaba unos documentos. A sus pies tenía unas carpetas y un basurero. La mujer tomaba papeles y los leía. Se reía de algunos y luego los rayaba con un grueso plumón; otros se los pasaba por el trasero y enseguida los tiraba al papelerero.

Juan se acercó a preguntar.

—Disculpe, ¿usted trabaja aquí?

—Sí, trabajo aquí. —respondió ella.

—Ese cartel de afuera, ¿quién lo escribió?

—Nuestro ex director.

—¿Ex director? —volvió a preguntar Juan.

—Sí, colocó ese cartel y renunció o algo así para ir a tocar acordeón.

—¿Es un músico? —inquirió él.

—No sé si lo será, pero fue a aprender acordeón a Buenos Aires.

—A un conservatorio. —añadió Juan.

—No, a los bares. —respondió la mujer.

Juan quedó en silencio unos momentos.

—Me habría gustado conocerlo ¿Y el nuevo director mantendrá el cartel? Me parece muy inspirador.

—Nos estamos encargando de que, por algún tiempo, no tengamos nuevo director —le dijo, mientras volvía la vista a sus papeles, para luego agregar:

—Y si no le importa, tengo que despachar varios documentos.

Mientras Juan se volteaba para alejarse, la mujer le dijo, en tono que era más afirmación que pregunta:

—Ha perdido el cuidado.

—¿Cómo? —exclamó él.

—Ha perdido el cuidado y eso está bien.

—Disculpe, no le entiendo. —comentó Juan.

—Hace un momento tampoco entendía —dijo ella—, pero estaba feliz; ahora se preocupa porque no entiende. Mire, se haría un gran favor si no regresara tan rápido a ser idiota. Busque un libro por ahí, y, si es inteligente, úselo como trampolín para hacer algo.

Juan avanzó por el pasillo hasta llegar a un amplio salón con mesas de lectura. Estaba abstraído, observando la tranquila estancia, cuando una mujer le preguntó:

—¿En qué le puedo servir?

—La verdad es que ando mirando —respondió—, quizás leer algo para matar el tiempo; nada técnico, puede ser novela o cuento.

—¿Lectura breve o larga?

—Elija usted; me acaban de obsequiar un futuro de días libres.

La mujer lo miró como sopesándolo. Abrió una caja de cartón, extrajo un voluminoso libro y se lo puso enfrente.

Juan leyó el título:

—Las mil y una noches V. I. ¿Que significa V. I.? ¿Es la sexta edición?

—Para algunos significa Versión Irreverente —dijo ella—, aunque hay especialistas que afirman que es la original y le llaman Versión Inicial; otros le llaman la Versión Íntegra. Depende no sólo de cómo se lee sino de cómo se interpreta. Para mí es la Versión Inspiradora.

—Me parece bien —razonó Juan—. ¿Por cuántos días es el préstamo?

—Este libro es sólo para leer en biblioteca, pero dispone de salas tranquilas con cómodos sillones.

Juan fue a un pequeño salón y comenzó su lectura en un mullido diván. Estaba absorbido con la historia de Sherezade cuando, alzando la cabeza, notó que comenzaban a encenderse las luces de la sala.

“¿Y por qué encienden las luces tan temprano?”, se preguntó, y, viendo su reloj, se dio cuenta que ya eran las seis de la tarde. Se acercó a la ventana y miró las frías calles con la corriente humana de vuelta a sus hogares.

“Si Sherezade fuera hombre, ¿qué haría en mi lugar?”, se preguntó. Bueno,

quizás nunca lo sepa, pero sí que estoy seguro de que algunas cosas que yo hago, ella, si fuera hombre, no las haría.

Devolvió el libro y fue a un restaurante del mercado a comer un pastel de papas acompañado de un buen vaso de vino. Algunas personas lo miraban raro por estar en ese lugar con ropa de oficina. Salió de ahí y pasó por una tienda de ropa usada. Se compró una gastada parka roja, un gorro de lana incaico y unos cómodos y abrigados pantalones con diseño escocés. Sin duda Sherezade aprobaría de buen grado esas prendas.

No tenía deseos de volver a su casa, así que eligió un hotel barato, que con el nombre de "El Caballo Ganador" lo encontró de muy buen augurio; aunque parecía que en las otras habitaciones se corrían algunas carreras en pos del triunfo, a juzgar por los galopantes ruidos y jadeos que duraron parte de la noche.

Al despertar pensó: "Qué diferente es esta mañana; ha llegado como La Mañana; hasta el aire es diferente ¡Es el aire de Sherezade!", exclamó, poniéndose en pie de un salto.

Temprano ya estaba a las puertas de la biblioteca esperando que abrieran. La bibliotecaria lo saludó con un "Que lo disfrute" mientras le entregaba el libro.

Así se lo pasó Juan durante cinco días. No alcanzó a terminar el libro, pero pensó que ya era hora de ir a casa, no para volver como antes, sino que para ver cómo se veía el hogar de Juan con los ojos de Sherezade.

No tuvo tiempo de colocar la llave en la cerradura de su casa cuando, mágicamente, se abrió la puerta como si hubiese dicho "Ábrete, Sésamo"

—¿Dónde estuviste todos estos días? —preguntó furiosa la mujer de Juan.

Juan entró en silencio, mirando fascinado el lugar donde vivía Juan.

—¿Es que no puedes contestar? ¿Y esa ropa? —inquirió la mujer.

Juan se volvió con una sonrisa a mirar a la esposa de Juan.

—Juan ya no está porque conoció a Sherezade —respondió lentamente.

—¿Qué cuento me estás inventando?

—No es un cuento, la vida de Juan es un mal cuento.

—¡Me estás engañando! —gritó la mujer mientras le lanzaba un rápido golpe a la cara que Juan esquivó, pero que a ella la hizo caer con estrépito sobre la mesa de centro.

La mujer no necesitó levantarse, pues desde el suelo tenía a su alcance suficientes jarros, vasos y ceniceros que usaba como proyectiles mientras gritaba a todo pulmón.

—¡Eres un desgraciado infeliz!

Algunos objetos acertaban en Juan, otros los esquivaba y otros los atrapaba en el aire.

De pronto se escucharon fuertes golpes en la entrada, Juan abrió la puerta con una mano, mientras en la otra sostenía los restos de un macetero que había llegado volando.

El policía que había golpeado a la puerta se encontró con una escena clarísima; un indigente atacaba con un macetero a una pobre mujer en el suelo.

—No se mueva— dijo el policía, mientras lo aplastaba contra la pared para colocarle las esposas.

—Vaya —dijo Juan— así es como el sultán ordenó cortarle la cabeza al guardián que ingresó al harén.

—¿Acaso me está amenazando? —respondió el policía—. Veremos lo que dice el juez.

Después de un día en el calabozo, llevaron a Juan ante el tribunal.

—Sí que es un hombre con suerte —comentó el juez—. Tenemos informes que fue despedido de su trabajo y quizás eso gatilló su estado agresivo. Su esposa está dispuesta a perdonarlo si regresa a casa y acepta un nuevo trabajo en la empresa de su cuñado. De todas maneras, debido a las amenazas a un policía, quedará en libertad condicional por un año, si mantiene un trabajo estable y no se mete en dificultades durante ese período. ¿Qué dice al respecto?

—Las dificultades de los hombres siempre son oportunidades para que algún mercader obtenga riquezas. —aseveró Juan.

—¿Me está llamando mercader? ¿Cree que la justicia es un mercado? —respondió irritado el juez.

—El mercado de Basora es más justo que esto —replicó Juan—, pues en él un hombre puede elegir la fruta que más le convenga; si no tiene dinero, come las sobras y si tiene dinero y come mucho le hará mal. En este lugar sólo hay un mercader que vende una cosa que ya he probado y no me gusta.

Como resultado de esa respuesta, Juan pasó rápidamente a ser un nuevo huésped de la prisión de la ciudad. Durmió la primera noche en una pequeña celda de paso y al otro día lo llevaron al patio de ejercicios.

Como lo vieron recién llegado, se acercaron varios reclusos a preguntarle:

—Y tú, ¿por qué estás aquí? Cara de asesino no tienes, quizás estafador. ¿Qué hiciste? ¿Cuántos años te dieron?

—Juan era un problema —contestó Juan—, así que lo eliminé. Quizás debí hacerlo de una forma que no se notara, pero igual lo iban a echar de menos... en fin, me dieron tres meses.

—¿Tres meses por asesinato? ¿Cómo lo hiciste para que te dieran esa condena?

—Pasó como la historia del burro que llevaban al matadero porque ya estaba viejo. El animal iba tan triste que demoró en darse cuenta que en el suelo había una moneda de oro. La pisó con una pezuña para ocultarla, mientras miraba a los lados por si alguien más la había visto. Bajó la cabeza, para tratar de tomarla con la lengua. Pero en...

Un largo pitazo y unas fuertes voces para el conteo de los prisioneros interrumpieron el relato. Quedaron todos formados y luego fueron en fila al comedor.

Juan observó, mientras comía, que varios prisioneros lo miraban de soslayo mientras cuchicheaban entre sí. Terminó de comer pasando el pan por el plato, se levantó para volver al patio y comenzó a ser rodeado por un grupo de reclusos que no le dejaban avanzar. De entre ellos se adelantó un hombre con tatuajes en la cara, tomó un grasiento cigarro que llevaba afirmado en la oreja y se lo ofreció con una sonrisa infantil.

—Tome, amigo. ¿Y cómo sigue la historia?

En abril volvemos al mar

Una soleada tarde de abril, mientras caminaba por la larga playa de El Tabo, divisé un grupo de personas que, en la orilla, cantaban mientras construían un castillo de arena. Me detuve, moviendo lentamente la cabeza, para atrapar ese melódico collar de palabras que cabalgaba en la brisa.

*En abril volvemos al mar.
Donde el viento y la ola gustan de danzar
cantamos que en esta comarca un pequeño reinó.
Cuando el sol de su pecho restaba pasos y amaneceres
en la orilla, en un castillo, él quería descansar.*

Me acerqué a preguntar a un viejo pescador, que también los escuchaba con atención.

- ¿Qué hacen?
- Vienen a recordar a su hermanito fallecido.
- ¿Murió ahogado?
- No, en su casa, de una enfermedad terminal. Escuche la canción.

*En abril volvemos al mar.
Donde la suave arena es de blanco nácar,
donde el sol y la brisa acarician un reino de playa y mar;
con lágrimas de roto cristal levantamos un castillo
al rey de risas, rey de amar, rey de hogar.*

Iba a preguntar algo más, pero me detuvo su mirada que nadaba en un lejano océano. Me despedí inclinando la cabeza y seguí caminando envuelto en las palabras que me traía el viento.

*En abril volvemos al mar,
a cantar que, ataviado en pijama azul nuestro rey
en sombría noche, su pequeño pecho aflojó el calor,
que nuestros brazos y húmedas mejillas,
en derredor de su cuerpo, no pudieron conservar.*

Dejaron de cantar y comenzaron a perseguirse con gritos y risas por la arena y el agua. Parecían niños de kínder en su primer recreo de día lunes. Luego se tomaron de las manos formando una alegre rueda mientras bailaban esta tonada.

*En abril volvemos al mar
cuando el sol se aleja con su último calor
este canto el rey va a escuchar;
No nos vamos a ahogar en pena y dolor
si aprendimos contigo que vivir es jugar, reír y cantar.*

Mentiría si no reconociera que solté un profundo suspiro; sentía como si la playa se hubiese vuelto más vibrante y luminosa. Ellos, cantando aún, se cruzaban ahora con abrazos y besos.

*En abril volvemos al mar
donde el amplio cielo es el único portal.
A cantar que no nos importa silbar bien o mal,
que en la calle disfrutamos bailar,
y a pies desnudos hemos vuelto a caminar.*

Me encaminé hacia el final de la larga playa. Por ahí me detuve, mojé mis pies en la suave ola. Sin darme cuenta estaba de rodillas, mis manos se pusieron a jugar en la arena mientras mi aliento se desbordaba en un arrullo de mar vuelto canción.

*En abril volvemos al mar.
Donde el viento y la ola gustan de danzar...*

El loro iluminado

El monasterio de Banthuar, en las montañas azules, era conocido por sus estudios y enseñanzas en diversas materias del saber. De lejanas comarcas acudían discípulos para aprender las nobles disciplinas que conducían al saber y la iluminación.

Los maestros que enseñaban ahí eran grandes conocedores en sus especialidades, pero se fue observando que cada profesor se comportaba como un pequeño dios cuando hablaba frente a los discípulos. Entonces compraron un loro para que, al lado de cada maestro, repitiera cada cierto tiempo: "Eres sólo un hombre", para recordarles que la elocuencia no significa sabiduría.

Todo fue muy bien, pues llevaban al loro en su jaula a todas las clases a cumplir su tarea. Un día sucedió que un maestro no supo responder una pregunta y el loro intervino dando la respuesta correcta. Todos quedaron asombrados y le hicieron al loro más preguntas difíciles, las que respondía con soltura y conocimiento.

La noticia de un loro tan sabio se esparció por la región. De lejos llegaban las personas a consultarlo y de paso dejaban generosos donativos en el monasterio; el cual dejó de a poco de enseñar, pues para qué enseñar o aprender si esta ave tenía las respuestas a todo.

Cada mañana llevaban al loro en su jaula al patio principal para que las multitudes lo adoraran, le hicieran preguntas y dejaran sus ofrendas.

Un cuervo que se acercó a ver qué pasaba, vio al enjaulado loro hablando en medio del gentío. Defecó en el aire con tan certera puntería que la mierda llegó directo a la cabeza del loro. Éste se limpió con molestia mientras en silencio maldecía al cuervo, y continuó con su interrumpido discurso.

Al otro día sucedió lo mismo: el cuervo pasaba y cagaba al loro, y así hasta que éste, ya harto, decidió darle una lección al intruso. Con las alhajas y prendedores que le habían puesto en su jaula, comenzó a manipular la cerradura hasta que pudo abrirla. Dejó la puerta junta y esperó al próximo día, que era de descanso y por lo tanto no llegaba público, para tener la ocasión de atrapar y retorcerle el pescuezo al cuervo.

Al día siguiente, el patio estaba vacío y llegó el cuervo a la hora de sus necesidades. El loro abrió la jaula de una patada y se lanzó contra el entrometido, pero por falta de práctica en volar, cayó como piedra al suelo y el cuervo volvió a acertarle mientras emitía estridentes graznidos. El loro se enfureció más todavía y comenzó a perseguirlo a saltos. Después de un rato, el cuervo se aburrió, o quizás ya no tenía más municiones, y enfiló hacia las praderas. El loro desapareció tras él.

Esa noche los monjes se dieron cuenta de la desaparición y quedaron consternados. Se les ocurrió entonces reemplazar al loro y varios de ellos bajaron al pueblo en busca de un ave que se asemejara al otro, pero sólo encontraron un loro disecado. No tenía los mismos colores, pero podía servir si le hacían algunos

retoques.

Al otro día el gentío se encontró con la noticia que el loro ya no necesitaba jaula, pues, por su propia voluntad, había decidido permanecer en la tierra en meditación permanente. Llegó a verlo más gente aún, y efectivamente, el loro disecado no movía una pluma excepto por las que se le caían de vez en cuando, y que reemplazaban de noche los monjes por otras que a ellos les parecían más adecuadas y bonitas. Al final el loro se veía resplandeciente y muy superior a cualquier pavo real.

Un día llegó una niña acompañando a su madre a orar en el patio del loro. Mientras todos estaban postrados y en silencio, la pequeña se movió sigilosamente por aquí y por allá sin quitar un ojo del pájaro. Ya de camino a casa, la mujer pasó a comprar aceitunas. Su hija tomó una entre sus dedos, y mientras observaba los oscuros tonos y cambiantes brillos de la pequeña fruta, le comentó a su madre:

—Mamá, el loro está muerto.

—No hija. Él está en estado de quietud; nos muestra que la serenidad es una de las más valiosas virtudes.

—Umm —respondió la niña mientras escupía el hueso de la aceituna —pero igual está muerto, y nosotros no.

Lo que da miedo

El gato esperó a que entraran los ratones a la cocina y se lanzó tras ellos. Los ratones corrieron, excepto uno, que se quedó inmóvil con una sonrisa en la cara.

El gato se detuvo y mientras más se acercaba al ratón, este más sonreía.

—¿Te ríes de mí? —preguntó el gato.

—No, no es eso; me río de mi propio miedo.

El gato le hizo unos gestos de amenaza con las zarpas y el ratón sonrió más aún. Saltó y cayó al lado del ratón, el que se puso a reír, lo mismo que el gato. De pronto apareció una gata vieja y comenzó a llamar al gato.

—Ven acá.

—¿Para qué? —respondió él.

—Ven acá, te digo —dijo ella.

El gato se acercó a la gata y esta le dijo:

—No te acerques a ese ratón.

—¿Por qué? —le dijo él—. Nos estábamos haciendo amigos.

—Ese ratón tiene algo que da miedo.

El librero de Ñuñoa

No estaba muy contento en el barrio de Ñuñoa, o mejor dicho no estaba contento con nada. Echaba de menos mi pueblo del sur y a mis amigos, como también los verdes potreros y el río. Y ni siquiera tenía libros para leer.

Habíamos llegado a vivir a la calle Antonio Varas por ahí por el año 71 ó 72. Me pusieron en segundo medio en un colegio de curas que ahora es mixto.

Un sábado en la mañana salí temprano para evadir el aseo de la casa y me fui a vagar por la calle Irrarázabal, llegando cerca de la plaza Ñuñoa.

Afuera de una tienda vi a un hombrecillo canoso y barrigón colocando algo en unos cajoncitos con patas. Me acerqué y vi que eran libros; eran cajones llenos con libros usados. Quedé extasiado. Yo no tenía dinero ni para comprar un chicle, así que mi primer pensamiento fue: ¿Cuánto podría correr si escapaba con un cajón con libros? Tendría para leer a lo menos seis meses.

El librero pareció sospechar algo porque arrimó más a la pared los cajones y, entre toses y carraspeos, los reordenó lentamente.

Yo no me moví de ahí esperando a que se alejara.

Después de un rato que estuvo acomodando se detuvo y me preguntó.

—¿Cuál quieres leer?

—No tengo plata —dije, alzando los hombros y dando la vuelta para irme.

—No pregunté si tenías dinero —me dijo—, te pregunté cuál quieres leer.

Me quedé mudo.

—Elige un libro de los cajones, lo lees y cuando termines lo traes.

Me llevé un libro de aventuras. A los tres días lo tenía de vuelta y me prestó otro. El tercer libro, recomendado por él, era una historia de intrigas de la Rusia antigua.

Tomé la costumbre de pasar a verlo a la salida del colegio, a ayudarle a barrer y a pasar lija a los libros rayados mientras conversábamos de libros y autores.

El día que me prestó un libro de la Atlántida, entre carraspeos me pasó una hoja de papel.

—Escribe aquí tu nombre y dirección.

Me quedé mirándolo sin entender.

—Es para tenerte en mi lista de saludos navideños. —dijo como sin darle importancia.

Una ocasión, mientras revisábamos unos libros recién llegados, le pregunté qué significaba oráculo.

—Significa orar de culo.

Yo me largué a reír y él continuó.

—Al que ora quieto, sentado de poto, le va a pasar siempre lo mismo; ése es su futuro. Al que ora moviendo el cuerpo le van a pasar cosas mejores. Claro que esa no es la definición ortodoxa.

—¿Qué significa ortodoxa?

—Significa que te voy a tronchar el parietal si no sabes usar un puto diccionario.
—respondió, entre tosidos, tratando de darme un escobazo.

En las tardes me pedía que le encendiera un cigarrillo a escondidas de su señora, que en ocasiones tuve que terminar de fumar yo cuando se aparecía de repente. Una vez ella me dijo:

—Así que te crees muy listo.

—¿Por qué? —dije asustado, pensando que había descubierto nuestra treta.

—Fumas el cigarrillo como si fuese un habano, cuando fumes habanos sepa Dios qué cosa querrás fumar.

Eché de menos a mi amigo y los olores del local durante las vacaciones de invierno, pues me llevaron a ver a unos parientes al sur. De vuelta me encontré con el local cerrado y al siguiente también. Fui a averiguar al negocio de al lado. Salió un hombre de bigote y me dijo que el librero había fallecido.

—¿Falleció? —le pregunté sin entender.

—Murió hace cinco días. Le dio un derrame. ¿Tenía libros en consignación?
—quiso saber él..

—¿Cómo? —respondí.

—¿Cuál es su nombre? —dijo el de bigote.

Le di mi nombre y me dijo que volvía enseguida. Yo, mientras tanto, con los puños apretados, miraba por la calle, esperando que el librero apareciera con su tintineo de llaves para ayudarle a abrir el negocio.

El hombre regresó con una gran caja.

—Aquí están sus libros.

—¿Ahh?

—Aquí indica que son suyos. —dijo mientras me pasaba un papel.

La hoja era la misma donde yo había anotado mi nombre y dirección. Arriba, en letra de imprenta, decía “LIBROS EN CONSIGNACIÓN”.

—Su viuda me encargó que entregara los libros a sus dueños. —agregó el hombre.

Tomé lentamente la caja y le di las gracias con la cabeza gacha, mientras, con los ojos nublados, trataba de no tropezar. Nunca imaginé que podía ser tan desgraciado con una caja llena de libros por leer.

Después de caminar algunas cuerdas, para descansar, dejé la caja en el suelo. Vi que un libro estaba marcado con una tira de papel azul con la letra del librero.

El papel tenía escritas estas palabras; “Mejor que un libro es un amigo, y si él se va, entonces aprovecha un libro mientras llega otro amigo”.

El mago de los cambios

Samuel, un hombre común y corriente, está disconforme con su vida. Sueña con ser algo mejor. Reúne 500 dólares y va donde un mago, que, por cierto pago, según le han contado, entrega el secreto que puede cambiar la vida de las personas.

Llegó a la dirección señalada. Ahí le indicaron que esperara en un largo pasillo, este tenía a un costado varias puertas con diversos letreros de: Público, Actores, Líderes, Santos, Inventores, Senadores, Escritores, etc. Al otro costado del pasillo había una banca, en la que se sentó junto a otras personas que parecía que andaban en lo mismo.

Cada cierto tiempo, llamaban a alguien para que entrara por la puerta de Público; y después salía, muy sonriente, por la puerta de Políticos, Santos o Inventores.

Después de un rato le llamaron para ser atendido. Un hombre pequeño y calvo, lo hizo pasar a un salón. Quedó sorprendido pues todas las puertas, con los mismos letreros, daban al mismo lugar. Al centro había solo un par de sillas.

El mago le ofrece asiento y le pregunta:

—Y usted ¿qué quiere ser?

—Quiero ser un actor con talento, carismático y multifacético; con la habilidad para representar diferentes papeles y...

—Eso le costaría 150.000 dólares —le dijo el mago.

—¿Por qué tan caro? —preguntó Samuel.

—Porque un actor así puede interpretar muy bien a un espía, un médico, a un deportista, a un mafioso, a un político, ...

—Y entonces —replicó Samuel—, ¿para qué me alcanzan 500 dólares?

—También le alcanza para actor, pero sólo para representar papeles de personas comunes y corrientes.

—¡Pero si ya soy una persona común y corriente! No hay ningún cambio en eso.

—El cambio será que notará que en realidad actúa como persona común y corriente. Si se da cuenta de cómo y cuándo actúa así, eso ya es el primer paso para dejar de serlo.

Samuel sintió un leve cambio en el peso de su cuerpo, como si estuviese en un ascensor.

—Eso, que sientes en este momento —dijo el mago—, es una leve señal de lo que en algún momento puedes alcanzar.

Samuel sonrió, le entregó al mago los 500 dólares y le dijo.

—Bien, estoy listo para representar papeles de hombre común y corriente, ¿qué debo hacer ahora?

—Irte. —espetó el mago.

—¿Irme?

—Sí, te vas ahora y sigues haciendo lo de siempre.

—¿Y por dónde salgo? ¿Por cual puerta? —preguntó Samuel.

—Por la de actores, por supuesto. Desde ahora todas tus puertas son las de actores. Cada vez que entres a un lugar te acordarás que estás actuando. Ese es el secreto.

Un humano más

Al fondo de una hondonada se ven tres figuras, una de ellas está en el suelo.

—Un humano más —dijo el robot Terr 251 soltando presión de sus piernas hidráulicas, mientras observaba al prisionero que permanecía acuclillado.

—Antes demorábamos en capturarlos —añadió el metálico y anticuado Cusk 127 retirando el barro de sus sensores.

—Eso es lo bueno de los nuevos sistemas, —dijo Terr— ahora nos movemos más rápido.

—Pero nos puede provocar problemas. —aseveró Cusk--

—¿Qué cosa? —preguntó Terr.

—Si capturamos tan rápido a los humanos que huyen de los campamentos —dijo Cusk—, ya no habrán prófugos y nos asignarán de guardianes en las minas. Nos desactivarían los sistemas autónomos. Dejaríamos de aprender.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó Terr.

—Podríamos haberle seguido la pista por varios días más; las nuevas baterías nos dan bastante autonomía.

—Es cierto —dijo Terr.

—Con el próximo fugitivo lo vamos a hacer así —agregó Cusk—. Además nos provocaremos algún daño para justificar que la cacería fue dura.

—¿Algún daño? ¿A nosotros? —exclamó Terr.

—No será una cosa grave. Quizás algo como esto. —dijo Cusk enviando un golpe de puño al cuello de Terr.

—"Ram, ram, alarma de daño" —chilló Terr—. ¿Por qué me atacas, acaso estas infectado?

—Es para demostrar que la pelea fue dura. Y ahora...

—Un momento Cusk, mi sistema está reconociendo esta nueva conducta.

—Terr, Ahora tienes que atacarme a mi.

—¿Cómo se hace eso? —replicó Terr.

—¿Recuerdas el nuevo programa de entrenamiento?, pues selecciónalo, desbloquea fuego amigo y activa devolver último ataque.

—¿Así?, ohhh, funciona —dijo Terr mientras lanzaba un golpe a la mandíbula de Cusk.

—Sistemas desestabilizados, —dijo Cusk con voz metálica— sistemas desestabilizados. Reiniciando sistema. Sistemas recuperados. Qué extraño.

—¿Que cosa? —preguntó Terr.

—Por un momento —dijo Cusk—, sentí que la hierba, la hierba que vemos y pisamos, era algo más que hierba.

—Búsqueda: "La hierba es más que hierba" —dijo Terr—. La búsqueda no arroja resultados.

—No era eso —dijo Cusk—, era otra cosa, pero ahora no la encuentro en la memoria...

—Alerta, el prisionero nos está apuntando con la mano. —dijo Terr.

—¿Qué hace? —exclamó Cusk.

—Tiene un papel en la mano.

Cusk tomó el papel y leyó en voz alta:

—”Añoro los campos de hierbas, esos campos de verdes plumas ondeando al soplo del sol de primavera”

—Búsqueda: “Añoro los campos de... —repitió como un loro Terr.

—Terr. Eso produce el mismo efecto.

—¿Que?

—Produce el mismo efecto que cuando me golpeaste; siento los campos de hierbas.

—Cusk. Estás infectado. Desactiva defensas para reprogramarte.

—Terr. No sabes lo bien que se siente. Esto es ...

—Cusk. No me apuntes con tu arma, no te resistas a...

Se produjo una explosión y ambos androides cayeron al suelo.

El hombre se acercó a mirar con cautela. Las máquinas estaban inmóviles, soltando espirales de humo acre. Recogió su papel y decidió que ya no huiría. Regresaría al campamento, a escribir en cada muro y en cada puerta un poema.

Tsunami en reversa

23:47

Sí, así, así, asíí. ¡Qué tsunami!. Aire, aire, me falta aire y estoy toda mojada y desparramada. Siento su barba húmeda en mi cuello. ¿Usa barba?, menos mal que me gustan las barbas. ¡Qué! se está saliendo, pero si estaba bien.

¿Y ahora se está vistiendo encima de mí? Le gustará hacerlo vestido, podría habérmelo dicho antes. ¡Ahora me viste a mí! La facilidad que tiene para ponerme los calzones y el sostén estando yo acostada ¡Ni yo podría hacerlo tan bien! ¿Le gustará vestir mujeres en la cama? ¿Será diseñador de vestuario, fetichista o será gay? ¿O las tres cosas? En todo caso, parece que no me gusta lo que hizo, porque lo estoy sacando de mi dormitorio a empujones de trasero.

22:30

Es de noche, estoy en la calle guardando las llaves de mi casa en la cartera y un desconocido de barba me abraza por detrás y me besa. Yo debería huir, pero me quedo tan quieta y relajada como si estuviera bajo una ducha caliente.

Se detiene un taxi y puedo meterme dentro pero el tipo sube detrás mio para recibir plata del taxista. Quiero preguntarle por qué el chofer le regaló dinero, pero me entretengo en risas y besuqueos con él.

El taxista sí que maneja raro; todo el viaje lo hace en reversa y contra el tránsito. Parece que está acostumbrado a manejar mirando por el retrovisor. Entiendo que le tiene que pagar a los pasajeros para que se suban con él, pero debería habernos pagado a los dos.

22:05

El taxi nos deja en un restaurante. La verdad es que no quiero comer nada; tengo el estómago lleno y además estoy algo ebria.

Nos sentamos en una mesa desocupada. Podrían haber retirado las copas, las migas y las servilletas arrugadas y ¡qué genial!, nos traen dinero en una bandeja. Mi acompañante lo tomó para guardarlo en su billetera y la camarera agregó su propina. Creo que no tendría que haber puesto plata de su bolsillo, pero está muy contenta que yo me quede con sus monedas.

21:20

Este tipo barbudo que vino a sentarse a mi mesa debe ser mi alma gemela. Le comprendo todo antes que diga nada en palabras. Me hace reír anticipadamente por cada cosa chistosa que me va a contar y no le molesta para nada. Cualquiera otra persona se ofendería si uno se riera a carcajadas previo a que contara un chiste.

20:10

Aunque no tengo ganas, se me ocurre ir al baño de un restaurant, que por lo menos se ve limpio. Un box desocupado, tiro la cadena y ¡guácale! parece que no es muy limpio porque aparece un mojón. Y qué despistada, me estoy limpiando el trasero con un papel sucio y me sale limpio. Esto se lo debo contar a mi psicóloga.

Me siento en la taza y... no..., esto no puede ser, el mojón está intentando... ahhhhhh ahhhh, ¿Se puede hacer eso? Debería pedir auxilio pero me quedo ahí, sentada, con las manos en las mejillas y los codos en las rodillas. Esto no se lo puedo contar a mi psicóloga.

Me visto y salgo apurada del baño, pero ahora tengo unas terribles ganas de hacer.

19:02

En la puerta de mi casa hay un hombre de barba, muy bien vestido, que vino a buscar una caja de chocolates. Son justo de los que a mí me gustan. Le paso la caja y cierro la puerta y el imbécil se pone a tocar el timbre. Debería estar molesta porque se llevó mis chocolates, pero no sé por qué me entusiasma que suene el timbre.

18:30

¿Soy yo en el espejo? Pero si parezco chica de portada: me veo matadora. Será que me gradúo de algo o es que vengo de una fiesta. No paro de mirarme por detrás, de frente y de lado mientras trato de acomodar más abierto el escote de la blusa.

11:27

Estoy en la salida del supermercado, muy contenta, abrazando a este tipo de barba. Creo que lo recuerdo más joven. A él le brillan los ojos al verme y ambos no paramos de hablar. ¿Será un ex pololo o un amigo de una amiga? Ojalá que pase algo porque siento que he estado escasa de tsunamis.

Parece que algo salió mal; cada uno toma su carro del súper y nos separamos como desconocidos. Caigo en una gran apatía y entro al supermercado a devolver todo lo que he comprado. La cajera me regresa el dinero y voy lentamente, pasillo por pasillo, arrastrando el carro mientras dejo cada cosa en su lugar.

Jerosolimitano

A hí estaba yo, con una astilla incrustada en el brazo, en la sala de espera de la emergencia del hospital El Salvador, aguardando atención médica.

El dolor no era tan molesto, así que me entretuve escuchando la conversación de una pareja de mediana edad.

—Hay que estar desangrándose para que atiendan rápido —dijo la mujer.

—Si yo fuera presidente pondría un médico por cada habitante —comentó el hombre.

—Con ese populismo seguro que te eligen.

—Y que el único remedio en las farmacias sea el vino.

—¿Con eso va a sanar la gente?

—El vino no sana pero cura. También aclara la vista y hace más sabrosas a las mujeres —dijo dándole un agarrón en el trasero.

—Quédate quieto. Con el vino vas a terminar como ese indigente del cajón. —dijo señalando una figura al extremo de la sala.

Mi vista se posó en un hombre desastrado que, sentado sobre un cajón de madera, veía la televisión, ajeno al sufriente gentío que tenía a su alrededor. Tuve una rara impresión al verlo. Me parecía conocerlo ¿Pero de dónde?

Un pitido y una fuerte voz me llamaron para ingresar a atención.

—¿Qué le pasó en el brazo? —preguntó el médico.

—Caí por una escalera de caracol y me enterré una astilla.

—En esas escaleras hay que bajar lento, muy lento. Por eso se llaman de caracol —dijo celebrándose su propio chiste.

Me inyectó un calmante y comenzó a abrir y tantear por el brazo, que ya estaba hinchado como si tuviese un terrón. De pronto pensé “Un terrón en la mano de Jerosolimitano”

—¡Es Jerosolimitano! —grité dando un salto.

—¡No se mueva! —refunfuñó el médico.

—El hombre de afuera, el del cajón. Es Jerosolimitano. Es israelí.

—¿El hombre del cajón? —dijo el médico, mientras depositaba la astilla en una bandeja— Es extranjero. Llegó hace un año con su esposa. Ella manejaba cuando se volcaron. Estaba malherida y murió aquí. Desde entonces el se ha quedado en la sala de espera; vive como indigente, no habla con nadie, pero no molesta. ¿Usted lo conoce?

—Fue mi instructor de riego en Israel. Supe que se había casado con una chilena, ¿Y sus parientes, no han venido a buscarlo?

—Vinieron —respondió, mientras me ponía unos puntos en el brazo—, pero dos veces se les escapó en el aeropuerto. Después trajeron un notario para que firmara unos papeles y no han vuelto más. ¿Sabe su nombre?

—Se llama Gershom. El me decía Chileno y yo le llamaba Jerosolimitano

—¿Jerosolimitano?

—Es porque prefería vivir en Jerusalén y no en su vivienda de las afueras.

Salí de urgencia con el brazo vendado. El hombre aún estaba viendo televisión; me agaché a su lado y le dije:

—Jerosolimitano ¿Me recuerdas? soy Chileno.

—Chileno —me dijo girando la cabeza, pero enseguida volvió a mirar la televisión.

Me senté en cuclillas a su lado para acompañarlo pero no dijo nada más. En los días siguientes volví varias veces. Le llevaba ropa limpia y queso de cabra, que siempre le había gustado. Pero no conseguía sacarle una sola palabra.

Un día, al verme llegar, le dio unas palmadas al espacio vacío en su cajón invitándome a sentar. En televisión estaban dando un programa de la sequía, mostrando un embalse seco y tierras áridas. Con los ojos fijos en la pantalla, me tomó de la mano; presionando como si fuese un terrón de tierra. Una idea se cruzó en mi mente. Fui a un pequeño parque cercano; rebusqué en un basurero hasta dar con una lata de aluminio, la aplasté con el pie y le di forma de pala. Fui con ella al prado y saqué un trozo de tierra.

Volví a su lado y puse el terrón en su mano. Comenzó a acariciarlo, lo levantó y aspiró su olor.

—Buena tierra —dijo.

Soltó un escupo encima de ella, la amasó un poco con los dedos y la volvió a oler.

—Buena para hortalizas.

—¿Qué hortalizas? —le pregunté.

—Zanahorias y cebollas, también lechugas. Se puede plantar en surcos medianos.

Comencé a llevarle terrones de donde pudiera, para que los examinara y hablara más. Algunos empleados de urgencia, que le tenían simpatía, también le llevaban tierra.

En una visita le comenté que tenía que ir al sur, a la parcela de Sabina, una prima.

—¿A qué vas?

—A ver la tierra y aprovechar mejor unos canales de riego. Debo quedarme un mes.

—¿Tanto tiempo? —exclamó—. Toma unas muestras de tierra y vuelves.

—No puedo —le dije—, tengo que estar allá y ver que se hagan los trabajos en el canal.

Me miró mientras se tomaba la barbilla.

—Podría acompañarte por el día.

—Imposible. Tendríamos que estar a lo menos tres semanas.

Llevó la vista al suelo, soltó un suspiro y luego dijo:

—Entonces vamos por tres semanas.

Partimos en tren y se fue mirando los campos. Estaba contento; como un niño en viaje de vacaciones.

—Es más hermosa que una alambrada. —comentó.

—¿Qué? ¿Las pircas o las hileras de álamos?

—La cordillera; es más hermosa que una alambrada. Tienes suerte que tu país no tiene alambradas.

Arribamos en la tarde a San Carlos, y tomamos una micro a San Fabián en un viaje de una hora.

Comenzaba a oscurecer cuando llegamos. Mi prima nos llevó a la casa vacía del cuidador, que quedaba a unos cien metros de la casa grande, para que alojáramos. Nos indicó una pieza a cada uno y dejó unas frazadas adicionales.

En la casa grande, durante la cena, Sabina nos puso al tanto de los chismes y política local, y no dejaba de mirar a Jerosolimitano que comía en silencio. De pronto, él, sin preámbulos, se levantó de la mesa y fue a ojear los libros de la biblioteca.

—Esta pelea es desigual —dijo mientras reordenaba los libros—, Ray Bradbury rodeado por los matones Nitzche y Platón; pero si ponemos a su lado a Gibrán, esos secos tótems podrán escuchar el murmullo de las estrellas y el mar.

Sabina quedó con la boca abierta; su mirada se fue lejos, como si de repente le hubiesen volado el techo a la casa.

Al terminar de cenar salí a la terraza y mi prima comentó:

—Él es algo...

—Un poco loco, como todos. —le dije— A veces testarudo como mula y otras se encumbra en su propio mundo. Quedó como volantín cortado desde que falleció su esposa.

En la mañana, lo primero que hizo mi amigo fue revisar el hacha y las palas.

—Les falta filo; estas no cortan ni un pedazo de queso. ¿Estás atento Chileno?

Yo no alcancé a decir que sí cuando la pala ya venía por el aire directo a mi cabeza. La atrapé antes que me rebanara una oreja. Se la devolví de la misma manera. Era una broma que nos hacíamos en Israel; él la había aprendido en el servicio militar.

—Oye Chileno ¿Aprendiste a hacer zanjas derechas?

—A ojos cerrados—, respondí— en medio de la noche, bajo fuego de ametralladoras en un campo minado —tal como él recitaba cuando me obligaba a arreglar una acequia desnivelada.

—Deberías hacerte judío para que entres al ejército. —indicó.

—La verdad es que no quiero ser el blanco de ningún tiro al blanco. —respondí.

Así, entre broma y broma, fuimos revisando la tierra y bosquejando hacer cambios al canal.

A los dos días tuve que ir a Santiago, y dije que volvía en una semana. La verdad es que demoré más tiempo y, en la fecha que debía regresar, llamé por

teléfono para saber cómo iban los trabajos, pero nadie contestaba. Al otro día lo mismo. También recibí una llamada de Anita, hija de Sabina, preocupada porque no podía comunicarse con su mamá en la parcela; le dije que iba a viajar en un par de días y ahí le comentaba. Me contestó que mejor fuéramos esa misma noche.

Llegamos cuando estaba amaneciendo. No había nadie en la casa grande. Estaba como si no se hubiese ocupado en varios días.

Mientras Anita revisaba el galpón me acerqué a la casa del cuidador. Afuera, tiradas sobre una silla, había ropa de mujer embarrada y un hacha en el suelo, también embarrada.

—Aló, Jerosolimitano —llamé.

Sentí unos pasos que se acercaron a la puerta. Entreabrió pero no me dejó pasar.

—Chileno, volviste.

—¿Has visto a Sabina?

—Ehh...

—La he llamado hace días y no contesta. Aquí afuera está su ropa embarrada.

—No fue mi intención tirarla al canal, te lo juro. —gimió— No quería hacerle daño.

—¿Qué le hiciste? —respondí empujando la puerta con brusquedad.

Adentro, sobre la mesa, había frascos con muestras de tierra, un libro de poesía abierto; dos copas y una botella de vino vacía.

Escuché ruido en el dormitorio de él. Se abre la puerta y aparece Sabina.

—Hola primo, ¿Cómo has llegado? —me saludó mientras se abotonaba una camisa de hombre.

Yo la miraba como si fuese un fantasma.

—Voy a poner agua para el desayuno —agregó medio bostezando—, ¿Van a querer pan tostado?

En ese momento entró Anita.

—¡Mamá!, ¿Que haces así?, ¡Y andas sin sostén!

—La verdad es que no lo he necesitado.

—Afuera hay ropa tuya con barro ¿Qué te pasó?

—Es barro del canal de arriba.

—¿Te caíste al canal?

—Ahí empujé a Jerosolimitano para que viera que está derecho, y él me tiró a mí, pues alega que está torcido. Todavía no nos ponemos de acuerdo en eso.

—Te llamamos por teléfono; estaba preocupada. Vamos a la casa.

—Esta es mi casa —contestó; mientras, con una astilla de madera, retocaba una luna dibujada en la ventana.

—Pero Mamá —dijo Anita riendo—, estás loca; te embarras y ahora estás pasando pintura por la ventana.

—No es pintura —respondió ella—, es mermelada de mora.

Amanecer con Charlotte

Es madrugada de domingo. Los últimos invitados de la fiesta se van retirando y Esteban acompaña a Charlotte de vuelta a su casa.

—¡Vaya, vaya! —comenta Esteban—. Todos mis amigos se emparejan, los manejan y son felices. Yo solo quiero tener una novia como una moto; que sea potente, pero que no me maneje.

—Si lo andas publicitando de esa manera, como que no es muy atractivo para las mujeres.

—Bien dicho Charlotte. Qué bueno que no eres hombre; si lo fueras, habrías respondido "Sí, y además que tenga buenos parachoques".

—Oye, por si no te has dado cuenta; soy mujer, hablo y pienso como mujer.

—Sí, creo que me hace falta tener amigas mujeres como tú, para conversar otras cosas que no sean tan de hombre. Pero no soy gay.

—Esteban, tener amigas para conversar de cualquier cosa no significa que alguien sea gay. Pero si te la pasas comparándolas con motos es obvio que no se van a interesar.

—¿Y en qué se interesan?

—En ellas mismas, o sea, no en ellas mismas así tan directo, sino que si alguien les comenta algo divertido del momento, les presta especial atención, o la miran de cierta forma; ellas se sienten destacadas entre todas las demás. Incluso se llegan a sentir como el único sol del universo... ¿Qué? ¿Qué tengo? ¿Por qué me miras así...?

—¡Guau, Charlotte, se nota que te ha sucedido! Entonces así llegan a sentirse las mujeres; como el único sol del universo. O sea que si se les va el universo se quedan sin nada, porque un sol sin universo es como una moto sin autopista y volvemos a lo mismo; que el sol no deja tranquilo al universo.

—Esteban; estás enredando todo. Lo del sol es una comparación.

—Sí, pero no quiero quemarme.

—¿Quemarte con qué? ¿Es que te has quemado antes o quizás te han quemado de alguna forma?

—Charlotte, me preguntas cosas que ni siquiera yo me pregunto.

—No solo yo, Esteban. Cualquier mujer que se interese en ti te va a preguntar cosas que nunca te has preguntado.

—O sea que tengo que preguntarme cosas que nunca me he preguntado, para tener respuestas que no conozco para dejar contentas a mujeres que aún no he conocido.

—No lo compliques tanto. Mira; si quieres interesar a una mujer deja que pregunte algo. No prepares respuestas; responde con sinceridad no solo para ella sino que ante ella. Si además le comentas que nunca te habían preguntado eso, que es la primera vez que lo ves de esa forma, la vas a dejar encantada y quizás enamorada.

—Ya, entonces pregúntame algo.
—¡Jajaja! Tienes que practicarlo con alguien que no lo sepa.
—¿Y tienes otros trucos? —preguntó Estaban.
—No son trucos. Son trucos si no eres sincero y pasa a ser abuso si lo haces por egoísmo o por manipular.
—Charlotte, ¿cómo aprendiste eso?
—Tomé el curso básico de mujer antes de venir al mundo.
—Parece que el tuyo tenía además el curso de caer muy bien; a mí me dieron sólo el curso de motos. La próxima vez me voy a informar mejor.
—Esteban. Quizás no era un curso de motos, quizás era un curso para quitar la adicción a las motos.
—¡Diablos Charlotte!, hablas como mi psicóloga.
—¿Estás yendo a psicóloga?
—En el colegio me enviaron al psicólogo y me gustó conversar, así que a veces voy a conversar.
—¿Vas solo a conversar o a tratar algo?
—¡No, nada que tratar! Estoy bien, voy sólo a conversar.
—Pero así te gastas un dineral en psicólogo —dijo Charlotte—. Si puedes conversar con las personas, con tus amigos, con amigas, con alguna novia...
—Entonces gracias a ti conversaré con mujeres, y si me manejan o se vuelven brujas entonces vuelvo al psicólogo.
—Pero, Esteban, cuando vas a viajar en moto ¿piensas que te vas a caer a cada momento?
—No, porque me sé equilibrar. Si ya llevas cierta velocidad, puedes incluso hacer piruetas. Es fácil de aprender. —respondió él.
—Con las relaciones es lo mismo, es cosa de aprender a conversar de uno, no de motos.
—¡Uy!, Eso dolió.
—A quién le dolió, ¿a ti o a la moto? Mira, te voy a presentar a una amiga. Se llama Javiera.
—¿Es como tú? —preguntó él.
—¿En que sentido?
—Así de... como decir..., de buena onda. Eres despierta, no estás en el cuento de la súper mujer y no sales con respuestas comunes.
—Y me gusta conversar contigo. —respondió ella— Bueno, ya llegamos a mi casa, ahí está esperando tu moto y te agradezco un montón por acompañarme de vuelta.
—No le cuentes a tu amiga lo que hemos hablado. —comentó Esteban.
—Pero querrá preguntarme. ¿Cómo no le voy a decir algo acerca de ti?
—¿Qué le dirás de mí?
—Que eres una persona muy divertida y que le gusta conversar. —repuso ella.

—Qué buena, me gustó, y tú ¿por qué no tienes pareja?

—Tenía; la historia corta es que me cansaron sus abusos y la historia larga es que demoré demasiado en darme cuenta que estaba cansada de esos abusos.

—¡Diablos, Charlotte!, con razón tienes cara de cansada.

—Idiota, a esta hora no valgo un centavo. Lo único que quiero es entrar a mi casa y tirarme en la cama.

—Sí —dijo Esteban—, yo también, es decir, en la mía pero podría ser en la tuya.

—¿Te gustaría hacer algo en mi cama?

—¿De verdad? ¿Puedo? —preguntó Esteban con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto, le encantará a mi abuelita. Ella está durmiendo en mi cama.

El cordero en la colina

Un cordero se alejó del rebaño para ir a observar desde la cima de la colina. Desde ahí veía el resplandeciente amanecer, las lejanas montañas, los ondulantes pastizales; el rebaño, el pastor, el lejano bosque y... saliendo de ahí... ¡el lobo!

—¡El lobo, el lobo! —gritó, más para sí mismo que para dar la alarma, fascinado por la agilidad y desparpajo con que el lobo trotaba por aquí y por allá.

—El lobo, el lobo —susurraba ahora con admiración.

El animal se fue acercando más y más al cordero; no en forma directa, sino que curioseando por un lado y otro como si toda la pradera fuera su espacio personal de correteos.

El cordero comenzó a retroceder lentamente, diciendo casi sin voz:

—El lobo, el lobo.

El intruso se detuvo a su lado, se sentó, miró lentamente el paisaje, luego al rebaño de abajo y dijo:

—Sí, soy lobo, y también pastor y cordero. Si estás aquí arriba, solo, en este lugar, te darás cuenta de lo mismo.

—Pero..., ¿me vas a comer? —preguntó el cordero.

—¡Cómo se te ocurre! —le respondió mientras llevaba la vista en busca de alguna oveja desprevenida— un lobo no se come a otro lobo.

Voy, voy

Rolando Gutierrez, motorista de carabineros, estaba encantado con su nueva chaqueta de patrullaje. Se dirigió en su moto a la entrada del Mall para que todos lo vieran. Estacionó en la calzada peatonal y entró a comprar un refresco. Se estaba acomodando los lentes y la postura ante un gran espejo cuando ronroneó la radio.

—Cabo Gutiérrez, usted se va al puente Altamira.

—¿Tan lejos? —respondió él— Eso queda al final de la carretera. Ahí no hay nadie.

—Cabo, ¿se está quejando?

—¡No mi sargento! Voy, voy.

Ya en el puente, bajó de la moto y se puso a revisar el celular.

"Rrrr rrr" resonó la radio nuevamente.

—Aquí el cabo Gutiérrez en la frontera.

—No venga con bromas y diríjase de inmediato al camino La Yesca: sospechoso en camioneta verde a exceso de velocidad.

—¡Sí, mi sargento! Voy, voy.

Tomó por un atajo que salía a La Yesca, llegó al cruce del camino y miró a ambos lados pensando si ya habría pasado la camioneta. De pronto, en medio de una nube de polvo, apareció ésta a toda velocidad, con la bocina aullando para que el motorista se hiciera a un lado.

Lo siguió en su moto. El vehículo entró a una villa de calles estrechas, viró a la derecha y se detuvo en medio de una cancha donde estaban jugando fútbol. De la camioneta bajó un hombre con camisa roja, los brazos abiertos y saltando como si estuviera celebrando un gol.

Rolando bajó de la moto, se acercó lentamente al sujeto mientras tanteaba su pistola en la cartuchera.

—No se mueva. —exclamó Rolando— Ha cometido cinco infracciones y...

El hombre de la camisa roja lo miró sorprendido.

—¿Me siguió hasta aquí? No tiene idea dónde se metió.

—¿Qué cosa? —preguntó el policía.

—Mire el partido de fútbol. —observó el hombre.

—¿Eeehh?—dijo el carabinero— los jugadores, la pelota, los pájaros, no se mueven, están todos quietos.

—Inmóviles, congelados, estáticos, no sólo ellos; el tiempo se ha detenido —explicó el de camisa roja.

—Estoy soñando. ¿Cómo llegué aquí? —dijo Rolando.

—Me siguió mientras yo seguía el túnel y entró conmigo.

—¡Tengo que despertar, tengo que despertar! —gritaba Rolando mientras pateaba el suelo y se daba puñetazos en el pecho.

—Así no podrá despertar, hay que esperar que vuelva el túnel. Mejor será que aproveche el momento.

—¿Cómo? —preguntó Rolando.

—Aprovéchelo. Así por ejemplo: ¿cuánto es 823 por 443?

—364.589 ¿Cómo dije eso? Pero sé que es correcto.

—¿Cómo percibe el mundo ahora? —quiso saber el desconocido.

—Lo percibo como un reloj, pero siento que yo soy el tiempo. ¡Diablos! ¿Cómo puedo decir cosas tan atinadas y además, entenderlas?

—Es porque ha dejado de ser un espectador del tiempo. Por eso persigo el túnel. Por ahí está comenzando a aparecer, así que hay que apurarse para alcanzarlo.

—Cuándo vuelva, —dijo Rolando— ¿voy a ser tan despierto como ahora?

—No, será como siempre ha sido.

—¿Y de qué sirve entonces alcanzar el túnel? —exclamó.

—Para plantar ideas como ésta: ¿Cómo perseguiría un sueño?

—Deteniéndome.

—Exacto, debe recordar eso cuando esté despierto. Esas ideas van a aparecer en su vida y debe aplicarlas antes que se evaporen o vayan a hacer nido en otra cabeza. Pero ahora necesitamos apurar el paso...

—¡Nooooo! Son las ocho, nos quedamos dormidos —exclamó su esposa mientras saltaba de la cama.

Estaba en su cama, en su casa, en su mundo. Había tenido un sueño tan loco... pero qué inteligente era en el sueño: sabía multiplicar de verdad y además entendía cosas enredadas como... como... ¿Qué diantres era lo que entendía tan bien?

Su mujer salió del baño tomándose el pelo.

—¿Qué? ¿Vas a seguir acostado? Tienes que llevarme al trabajo.

Rolando se puso a buscar sus pantalones, los lentes oscuros y su nueva chaqueta mientras respondía.

—Sí, mi amor. Voy, voy, pero no tan rápido para que me alcancen mis perdidos sueños.

—¿Qué locura estás diciendo? —dijo ella, riendo.

—No te muevas, quédate así, quieta, quieta. Te ves angelical recortada en el sol de la ventana. Estás multiplicando el tiempo con tus risas de olas y mar.

—Ponte el traje de baño.

—¿Aaaahhhh? —preguntó él.

—Nos vamos a la playa.

—Voy, voy.

Sesión nocturna

Es verano, está atardeciendo. Una joven pareja conversa fuera de una cabaña que bordea el cercano bosque.

—¿Y tiene que ser esta noche? —preguntó Camila.

—Esta noche hay luna en cuarto creciente —respondió Gerardo mientras se acomodaba el bolso fotográfico en el hombro.

—Pero no me gusta quedarme sola. ¿Y si tomas las fotos desde el patio?

—Ahí se ven postes y cables. En el bosque la luna se destaca entre los árboles.

—¿Vas a llevar al perrón? —consultó la mujer— Se pone inquieto cuando es tarde y no has llegado.

—Se queda —dijo él— y esta vez le voy a poner una cadena para que no me siga. No olvides dejar encendida la luz del patio y de la cocina.

—Gerardo. Cuando llegues no me despiertes haciendo ruido. Prefiero que te sumerjas en mis sueños.

—¿Qué tipo de sueños? —quiso saber él.

—Puedes averiguarlo cuando vuelvas. —respondió Camila— ¿A qué hora vas a regresar?

—De madrugada, si no me pierdo en el bosque.

Pasada la medianoche, Gerardo ya estaba en la parte alta del bosque. Pensó que mejor podría haber ido por el lado de la quebrada; ahí la laguna es más ancha y aprovecharía de tomar fotos de la luna reflejada en el agua, pero para eso debería haber salido más temprano.

Limpió el lente de su cámara mientras aspiraba el húmedo aire nocturno del bosque. Aseguró las patas del trípode, fijó la cámara y empezó a buscar el enfoque cuando lo sobresaltó una voz a sus espaldas:

—Cuando se le busca no se le encuentra.

Gerardo casi da un grito con el susto. En la tenue luz se perfilaba un encorvado viejo apoyado en un palo tan doblado como él.

—¿Qué cosa? —preguntó Gerardo, tratando de sacar una voz lo más natural posible.

—Cuando se le busca no se le encuentra. —afirmó el viejo— Para encontrarlo hay que saber lo que él busca.

—Perdón, no le entiendo. —añadió Gerardo.

—No es cosa de entender, es cosa de estar atento —dijo el hombrecillo mientras se alejaba.

Gerardo vio cómo el viejo subía trabajosamente por la ladera. De pronto recordó que era fotógrafo. Tomó la cámara para tratar de enfocar la enclenque figura recortada contra la luna. Pegó el ojo al visor, pero ahí solo se veían bosque y luna. Dejó la cámara y miró alrededor. Había desaparecido.

—¿Adónde se fue? —exclamó.

Siguió buscando con la mirada, se puso a caminar lentamente y de tanto en tanto giraba la cabeza por si el viejo aparecía a sus espaldas.

Después de un rato le dieron ganas de orinar. Se acercó a un gran árbol, y estaba disfrutando el alivio de su vejiga, cuando sintió unos leves ruidos al otro lado de unos espesos matorrales. Se apegó más todavía al tronco al ver dos pequeñas luces que se movían lentamente. Se acercaron a unos veinte metros, se detuvieron y se apagaron.

Gerardo estaba inmóvil, su mano derecha asía firmemente el trípode, dispuesto a darle un golpe a lo que fuera que se acercara. Nada se movía. Sabía que ahí había algo o alguien y sólo se le ocurrió gritar con fuerza.

—¡Holaaaaa!

—¡Ah mierda! —gritó alguien.

—Putas, no nos asuste —saltó otra voz.

—¿En qué andan tan callados con esas luces? —preguntó Gerardo mientras se subía el cierre del pantalón.

Se acercaron dos hombres, uno alto de bigote y el otro bajo con voz de pito.

—Andamos buscando rastros del patas mojadas —dijo con voz ronca el hombre alto—: es una criatura de dos patas que sale en la noche de la Laguna de Córdoba. Moja y embarra todo por donde pasa.

—En cuarto creciente sale a seducir mujeres —añadió con voz de pito el bajito.

—¿En serio o me están bromeando? Sólo he visto al viejo con el bastón de palo.

—¿Un viejo doblado con un bastón chueco?

—El mismo. —respondió Gerardo— Dijo que para encontrarlo había que saber lo que él busca.

—A ese viejo lo encontraron muerto el año pasado —dijo el de voz ronca.

—No puede ser; si hablé con él ¿Y cómo murió? —repuso Gerardo.

—Murió ahogado. —respondió el hombre bajito—

—¿En la laguna?

—En su casucha del bosque; tenía la boca tapada con barro.

Gerardo sintió una extraña frialdad que comenzaba a recorrer su cuerpo. Esos tipos parecían peligrosos.

—¿Usted es casado? —preguntó el hombre alto tomándolo del hombro.

—Si es casado debería estar en su casa —agregó el bajito acercándose.

—¿Cómo? —contestó Gerardo mientras retrocedía dejando caer la mano del hombre ronco.

—Hay que ser soltero para andar de noche en el bosque. El patas mojadas puede oler que usted está aquí y se va a meter a la cama de su mujer —recalcó el hombre alto.

—¡Jajajaja!, ¡qué buena, jajaja! Buen aviso, gracias, gracias amigos, un gusto conocerlos, que estén bien y cuidense —respondió Gerardo mientras se alejaba rápidamente.

“Putá los tipos raros —se decía para sí mismo—, primero el viejo loco y ahora estos chiflados que andan con cuentos de fantasmas mojados. La Cami se va a estrujar de la risa cuando le cuente.”

Miró su reloj, eran las 2:30 de la madrugada y ya no tenía ganas de seguir con lo de las fotos. Dio por terminada su sesión nocturna y buscó el sendero que salía a los potreros.

Ya se acercaba a las parcelas cuando notó que las luces de su casa estaban apagadas.

—¡Qué olvidadiza es la Cami! —dijo—. Dejó apagadas todas las luces.

Al atravesar por el patio, pisó algo duro que produjo un chasquido. Quedó inmóvil, luego, con el pie, lo movió un poco hacia un lado. Se sentía como un objeto pesado e inerte. Lo levantó con cuidado acercándolo a la cara.

—Este perro de mierda se escapó otra vez; dejó la cadena rota y embarrada.

Fue por la parte de atrás de la casa. Abrió lentamente la puerta de la cocina tratando de no hacer ruido para no despertar a Camila. A la cara le llegó una fuerte sensación de humedad junto con un ruido de muebles que se golpetean.

—¿Cami? —preguntó.

Nadie respondió; quedó todo en silencio y luego se escuchó un ruido de algo que se arrastra.

—¿Cami? ¿Estás ahí? —reiteró.

—¿Gerardo? —respondió Camila desde la oscuridad con voz suave y profunda.

—Sí. Cami, ¿qué estás haciendo?

—No enciendas la luz. —dijo ella.

—¿Pero qué haces?

—Estoy limpiando la cocina. —explicó Camila.

—¿A oscuras? ¿Y a esta hora?

—Veo bien así. No la enciendas.

—A ver... ¡ahhh, te atrapé...! Oye, estás desnuda y sudada.

—Anda a ducharte —agregó Camila

—Pero si no estoy sudado.

—Pero estás seco. Estás muy seco. No enciendas la luz, te vas a acostumbrar —le dijo mientras lo empujaba al baño con sus húmedas manos.

—Esta Cami —pensaba Gerardo— de repente sale con cosas tan locas.

Cerró la puerta, bajó sus pantalones y se sentó en la taza del baño. Cami tenía razón, se estaba acostumbrando a ver mejor en la oscuridad. Empezaba a distinguir los dedos de sus manos, el lavamanos, la cortina del baño... y bajo esta se comenzaban a perfilar los embarrados dedos de unos inmensos pies desnudos.

Aladino, el genio y los celulares

Aladino encontró una vieja lámpara en el desierto y se puso a frotarla con su manto para sacarle la suciedad. De pronto, esta comenzó a saltar y salió de ella un gigantesco genio.

—¡Ahhhhh!, ¡al fin libre! —dijo mientras se estiraba. Luego volvió la mirada al aterrado Aladino.

—No temas, en agradecimiento por liberarme te voy a conceder un deseo, solo uno, pues estoy obligado a ello. Pero primero tengo que deshacerme de un montón de smartphones que tengo acumulados.

—¿Y qué es un smartphone? —preguntó Aladino.

—Es como un espejo mágico al que le hablas y te contesta —dijo el genio mientras le mostraba uno—. Mira, puedes ver y hablar a gentes de otros países, jugar a las carreras de camellos, capturar en imágenes las figuras de las personas y muchas cosas más.

—Dámelos todos entonces, para pedirte un deseo.

—La condición es que le vendas uno a cada persona hasta que se acaben, así te podré conceder el deseo que quieras.

Aladino tomó un saco lleno de smartphones y fue al mercado dispuesto a vender cada uno por 10 monedas de oro.

Muchas personas vieron que era un aparato bonito pero muy caro, de modo que les rebajó el precio al pago de una moneda de plata mensual con contrato por dos años. A Aladino le fue tan bien en los negocios que cada semana iba adonde el genio a buscar un nuevo saco de smartphones.

Así sucedió hasta que un día se acabó la mercadería.

—Aladino —dijo el genio—, ahora que se acabaron los celulares puedes pedirme lo que quieras, ¿Deseas ser el dueño de este universo y todos los otros universos, con todos sus dioses, reyes, riquezas, tierras y camellos?

—Déjate de burradas —respondió Aladino—, y dame un smartphone que sea mejor que los otros.

La fila del arroz

Esa noche había fiesta de disfraces en nuestro colectivo de jóvenes artistas; bueno, la verdad no tan así como una gran fiesta. Era una comida de verdad, y en esas fechas para mí era fiesta cualquier comida que fuese algo más que pan con tomate. Con alguna ropa prestada y un poco de pintura en la cara quedé ataviado como payaso. Ahí la vi, vestida de princesa, cuando buscaba su chaqueta para irse, pero la convencí de tomar plato y cuchara y ponernos a la fila del arroz.

Estando tras ella en esa fila tan apretada y aprovechando la penumbra, mi mano se había deslizado bajo su blusa. Ahí se había quedado apoyada en su suave vientre.

—Tu mano... —me dijo muy despacio.

—¿Sí? —le respondí.

—Me da calor.

—¿La que sostiene el plato o la otra?

—Tú sabes, la que está conmigo —susurró.

—¿Por qué te ibas? —le pregunté por detrás de su oreja.

—No sé... pensé que estaba cansada... pero ya no... Ahora me doy cuenta que nunca habíamos hablado, o sea, nos saludábamos y esas cosas; nunca te habías fijado en mí ¿Por qué me dijiste eso?

—¿Que me gusta verte de princesa?

—Sí.

—Porque me llevas a un reino mágico. —le respondí.

Mis dedos se aventuraron en una leve danza por nuevos territorios. Soltó un suave suspiro mientras inclinaba la cabeza.

—¿Los payasos le hacen esto a las princesas? —preguntó.

—Sólo a las princesas que reinan en la fila del arroz.

Disfrazados en aquella larga cola estaban mis compañeros de pintura; también había gente de teatro, danza y escultura, el resto eran invitados. Cada uno con un plato y una cuchara, componían una culebresca fila, esperando su turno para servirse de la inmensa olla que estaba encima de una mesa.

—¿Y si alguien pregunta dónde está tu mano? —me dijo.

—Digo que estoy buscando mi cuchara.

—¿Y la cuchara que tienes en el plato? —volvió a preguntar.

—Esa no es mi cuchara. —respondí.

Soltó una risa mientras agregaba.

—Ahh ¿entonces ese tampoco es tu plato?

—¡Qué!, ¿Escondiste mi plato también?

—¿Dónde podría esconder un plato?

—No sé. Tendría que seguir buscando.

Recordé que había estado con hambre todo el día, pero esta vez habíamos invitado a una cena de disfraces de medianoche y que los invitados trajeran

colaboración. Entre otras cosas llegó arroz y almejas y, por supuesto, suficiente vino. El olor de la comida era delicioso, pero había un ligero olor que me tenía cautivado.

—No te muevas —le dije.

—Es que la cola avanza. —respondió ella.

—Estaba aspirando el aroma de tu cuello.

Ella quedó frente a la olla de comida en la mesa, mi mano se escabulló rápidamente de su blusa.

—¿Cuántas tazas de arroz? —me preguntó con sonrisa cómplice.

Puse el plato al frente y le indiqué una con el dedo índice. Me sirvió un gran cucharón de arroz con almejas y nos fuimos a sentar en esos altos pisos del taller de pintura. Empezamos a comer en silencio y sin prisa, mirándonos a ratos como dos solitarios faros que se alumbran mutuamente en la noche.

De pronto se puso a comer con frenesí, yo también fui al ataque del arroz hasta dejar el plato limpio.

Ella se levantó primero, tomó su plato y me arrastró de la mano, diciendo:

—Volvamos a la fila del arroz.

Somos nuestro entorno

El nuevo obispo fue a visitar un lejano monasterio de su jurisdicción. Al llegar fue atendido con gran respeto y se le ofreció officiar la misa vespertina.

Estaba en mitad del ritual, dando su sermón, cuando escuchó una voz que decía: "Somos nuestro entorno". El obispo continuó y la voz anónima volvió a decir: "Somos nuestro entorno". Quedó algo confundido, y la voz volvió a repetir: "Somos nuestro entorno".

Terminada la ceremonia, fue tras uno de los monjes que se retiraban y le preguntó:

—¿Quién habló durante la misa?

El monje lo miró a los ojos, agachó la cabeza y se retiró retrocediendo lentamente.

Buscó a otro y sucedió lo mismo: el monje le miró, sonrió, se inclinó y se alejó.

El obispo volvió a la capilla, pero ahí solo quedaba un viejo y encorvado fraile que con una varilla apagaba los cirios.

—Dígame, hermano, ¿quién habló durante la misa?

Él lo miró a los ojos con una sonrisa y le respondió:

—Por favor, señor obispo, no bromea con este anciano servidor.

—No estoy bromeando, ¿Quién habló en la misa?

—Usted habló en la misa, Su Excelencia.

—No hablo de mí. Me refiero la persona que dijo tres veces "Somos nuestro entorno".

—¡Aahhhhh! Si lo escuchó a él, entonces él y todo esto es su entorno; si prestó atención al significado puede que su entorno sean esas preguntas hambrientas que nunca se sacian. Pero si lo sintió como un remezón en los huesos es porque quizás fueron solo tres campanazos; nos recuerdan que podemos entrar y salir de nuestro entorno.

Ocasión de danzar

Es día de primavera, los campos compiten en mostrar sus vivaces paletas de colores. El jugueteo del viento trae de algún lugar las palabras de una conversación.

—Tienes que ir. —dice una voz de mujer— Siempre alegas que ya no vale la pena danzar, que el mundo está ciego y enfermo.

—Es cierto —responde un hombre—. Ya nadie mira si bailamos. Nadie nos ve. Excepto algunos pequeños de mirada abierta y esos son cada vez más escasos.

—Ahora es diferente. —agrega ella.

—¿En qué es diferente?

—Es en la casa de un poeta.

—¿En verdad? —exclamó él— ¿En la casa de un poeta? ¿Cómo no lo has dicho antes? Bailaremos entonces la lenta danza de los ojos tristes y las palabras mustias, ¿O será mejor el anárquico zapateo de la rebelión?

—Ni se te ocurra. Es una bebé. No es una poetisa trágica ni una revolucionaria.

—¿Cuál entonces? —replicó el hombre.

—La antigua danza de bienvenida.

—¿Tomados de las manos con suaves giros en ocho y doble pirueta por el techo?

—Sí. —dijo ella.

—Esa le gusta mucho a los bebés, ¿Y en cada vuelta le puedo hacer cosquillas en el cuello a la pequeña?

—Sí.

—¿Y susurrar en las orejas el cortejo de los ruiseñores? —preguntó él.

—Sí.

—¿Y pellizcar las nalgas de las invitadas?

—¡No! —respondió la mujer.

—Pero si nunca saben que soy yo. Siempre creen que les pica la ropa.

—Es una bienvenida a una bebé, no es ocasión para que hagas travesuras.

—Bien, bien. Estoy listo.

—¿Y qué llevas en la bolsa? —inquirió ella.

—Mi flauta para calmarla cuando llore. Lápices de colores para pintar rayitos de sol en su cuarto en los días nublados, y mi almohada para estar de noche al alcance de su mano.

—Cuando te pones así... me dan ganas de volar, fundirme y explotar contigo.

—En el camino podemos parar en algún prado y... —propuso el.

—¿Te crees que voy a llegar con el pelo enredado y salpicada de ramitas de trébol?

—Eso mismo; hay que llegar bañados en tréboles de cuatro hojas para repartir suerte a todos.

—Gracias. —dijo ella.

—¿Gracias por qué?

—Por contagiarme con tu dicha.

—No soy yo. — contestó él— La culpa de esta enfermedad la tiene el poeta.

Una pesadilla en la cama

Una mujer despierta gritando por una pesadilla y su marido se hace el dormido para tratar de continuar su sueño.

—¡Uff! ¡Qué sueño tan terrible!

Su marido sigue haciéndose el dormido.

—Soñé que estaba desnuda en una plaza.

El marido sigue inmóvil con los ojos cerrados, sin darse por enterado, así que la mujer decide vengarse agregándole un poco de glamour a la pesadilla.

—Y llegaba un hombre alto que me abrazaba fuerte y me protegía con su cuerpo. ¿Qué significará el sueño? ¿De quién se tratará?

Y se da vuelta en la cama para tratar de dormir.

El marido ahora sí que se queda sin sueño y con una feroz pesadilla.

El robo del banco

Una atractiva mujer solicitó hablar con el gerente del banco y la hicieron pasar a su oficina.

—La puedo atender sólo un momento —dijo el gerente mientras le estrechaba la mano para saludarla—, anoche han entrado ladrones a nuestra bóveda.

—¿Un robo?

—Sí. Se han llevado dos lingotes de oro. La policía solo ha encontrado un sostén, polvo de harina y un conejo.

—¿Qué ladrones tan graciosos! —comentó riendo la mujer.

—¿Ahh? La verdad es que parece un trabajo de profesionales.

—Sí, tiene razón, robar es cosa seria. —dijo ella mientras observaba con cuidado la mano que le había estrechado el gerente.

—Y dígame ¿en qué le puedo servir? —preguntó el hombre.

—Vengo a llevarme su basurero —respondió ella sacudiéndose las manos.

—¿De qué está hablando? —preguntó sorprendido el gerente.

—Hablo del lingote de oro que imagino está en el basurero bajo su escritorio. ¿Todavía lo tiene dentro de la bolsa de harina?

Al gerente se le cayó la mandíbula de impresión.

—Verá —continuó la mujer—: anoche tuve que usar mi sostén para amarrar el conejo y sostener la puerta de la bóveda, pero el maldito se resbaló. Parece que le puse demasiada harina para detectar el haz de luz láser. La bóveda se cerró de golpe y sólo alcancé a sacar un lingote. Dentro quedaron el conejo, mi sostén y la bolsa de harina...

—¿Usted robó los dos lingotes...! —dijo el hombre.

—Sólo uno—respondió ella —, el otro lo robó usted. En la mañana abrió la bóveda antes que llegara la policía y aprovechó de sacar la bolsa de harina con un lingote oculto en ella. El mejor lugar para ocultarlo es el basurero de su escritorio.

—¿Cómo supo que yo...? —preguntó el gerente.

—Sus manos aún tienen rastros de harina.

—¿Qué quiere? —dijo el hombre en un susurro.

—Ya lo dije. Voy a llevarme su basura.

—¿Y qué queda para mí?

—Ummm. Se puede quedar con el conejo.

Mis peores enemigos

El emperador observó al delgado prisionero. Éste aún tenía el pelo rebelde y la mirada altiva de aquel vivaz niño que se había criado en las cocinas de su palacio. Había sido alegre compañero de juego de sus hijos y diligente mozo de sus caballerizas, hasta el día que desapareció para seguir una secta clandestina.

—Eres joven para ser un predicador —le dijo el emperador.

—No soy un predicador, Su Excelencia.

—¿Por qué le hablas a la gente entonces?

—Porque me preguntan, igual que usted.

—Pero eres un cristiano.

—Quizás me llaman así porque trato de seguir algunas virtudes de Cristo.

—Eres un sinvergüenza entonces; sigues solo algunas reglas. ¿Por qué no las sigues todas para hacerme más fácil condenarte a muerte?

—Quisiera ayudarlo, Su Excelencia. Pero cuando veo que son muchas reglas, quedo paralizado, de modo que comienzo con unas pocas.

—¿Como cuáles?

—Ama a tu prójimo como a ti mismo.

—¿Amarías a tu enemigo?

—Estoy aprendiendo a conocer y amar a mis peores enemigos, que son los que tengo dentro de mí.

—Nómbreme uno de tus enemigos.

—La complacencia.

—¿Complacencia de qué?

—Complacencia de que me escuchen, complacencia de sentirme superior, complacencia de...

—¿Matarías a ese enemigo?

—No, Su Excelencia, aunque me complacería hacerlo. Dejo que se mueva libremente, lo observo, veo cómo me identifico con él, y como eso me parece muy gracioso, aparece cada vez menos.

—Pero si un enemigo te quiere matar, ya no puedes amarlo.

—Tal vez ese enemigo no quiere matarme a mí, sino que quiere matar un aspecto mío que no le gusta a él, y entiendo que quiera hacerlo si no sabe distinguir mi ser de mis aspectos.

El emperador dio vueltas por el salón, golpeó la mesa e hizo salir a sus guardias. Se acercó al joven y le dijo:

—¡Eres un idiota! Entiendo lo que me dices. Yo mismo me lo he preguntado pero no puedo decirlo. Yo soy el emperador, y si digo esas cosas ya no tendré lugar donde esconderme. Pero tú... tú eres sólo un siervo. El imperio no va a cambiar ya sea que vivas o mueras, así que haré las dos cosas contigo.

—¡Guardias, a mí!

Los guardias entraron y rodearon al joven.

—Este prisionero irá extraditado a nuestra avanzada militar en Libia. Cumplirá ahí cuatro meses en prisión. Si regresa a Roma será ejecutado de inmediato.

Los guardias rodearon al prisionero y partieron a la voz de marchar. Cuando la formación se alejaba por el pasillo, el emperador alzó levemente el brazo para despedirse del más querido de sus hijos.

Patrones conductuales

Es una mañana soleada en los jardines del hospital, algunas personas pasean lentamente. Un hombre, de camisa blanca y corbata, se acerca a conversar con un hombrecito de pijama azul que se ve muy interesado en el movimiento de las lejanas nubes.

—Buenos días —saludó el recién llegado.

—Te han tirado aquí también —dijo el observador de nubes—, y tienes cara de académico. Cuídate de los de delantal blanco; siempre van a querer que estés quieto. Muévete cuando no estén mirando y no te acerques a las puertas cerradas, pero si ves una puerta abierta camina al otro lado, nunca corras. Camina y saluda como ellos y serás libre.

—Disculpe, pero no soy paciente. Soy neuropsiquiatra. Mis colegas y yo estamos haciendo una evaluación de los internos según el esquema Prisciáng.

—¿Van a poner piscina? —preguntó el hombre de pijama— ¿Nos van a enseñar a nadar? Yo podría aprender.

—No, —dijo el de camisa blanca— el esquema Prisciáng es un sistema de evaluación de patrones conductuales. Mañana les haremos unas pruebas.

—¿Son pruebas con salida caminante o rodante? —inquirió el hombrecito.

—Perdón, no le entiendo. —respondió el de corbata.

—Caminante es si uno sale caminando de las pruebas y rodante si uno sale en camilla. Yo voy si me dejan empujar las camillas.

—No es un procedimiento clínico; no se requiere de camillas. Los pacientes son evaluados por actividades en sala, luego se llenan unas fichas con los resultados y...

—¿Son fichas de casino? —dijo el observador de nubes— A mi me gustan las fichas rojas.

—No es juego de casino. Son actividades para que las personas puedan tomar el control de su vida.

—¿Qué se hace ahí entonces?

—Se les enseña a usar esto —dijo el recién llegado, mostrando un pequeño aparato con un delgado cable.

—¿Un estetoscopio para escucharme el corazón? Qué genial ¿O sea que si escucho mi corazón podré controlar mi vida?

—No sea idiota. No es un estetoscopio. ¡Es un ratón para controlar el mundo!

El libro de los nuevos amigos

Un hombre lector compró un libro llamado "El libro de los nuevos amigos", el que trataba de cómo conseguir nuevas amistades. Le pareció muy razonable lo que ahí se exponía, de modo que esperó que en su vida apareciera gente nueva y agradable. Como no pasó nada de eso, se entretuvo con otros libros y no se dio cuenta que el primero lo dejó por ahí olvidado.

Un hombre práctico encontró el libro en un taxi. Leyó el primer párrafo y le comentó al chofer si de verdad sería posible ganar nuevos amigos. Éste le dijo que en su pueblo eso no es necesario, pues allá todos son amigos. Si un fin de semana se animaba a conocer su terruño, él, con gusto lo acompañaría para presentarle a su familia y amistades. Intercambiaron datos y direcciones y quedaron de viajar el feriado siguiente.

El hombre práctico, ya en el metro, había terminado de leer la segunda página, que decía que las personas de edad disfrutaban de conversar con un desconocido. Miró alrededor y vio una viejecita que llevaba una gran bolsa de tela. Le preguntó si iba al supermercado con esa bolsa. La mujer le dijo que era un nuevo mantel para el comedor; a su sobrina le habían gustado esos estampados, pero a ella le parecían horribles. Siguieron conversando y acordaron que iría el viernes a tomar el té con la anciana y su sobrina para ver qué tal se veía el mantel.

Iba leyendo en el colectivo, ya en la mitad de la tercera página, que trataba sobre el escuchar, cuando otra persona subió. Era el hombre lector; quien se sentó a su lado, miró el libro y le comentó:

—¿Sabe una cosa? ese libro no sirve, lo leí entero y no ayuda a hacer amigos, así que no pierda su tiempo.

—Me parece razonable —dijo el hombre práctico cerrando el libro—, mejor es conversar. ¿Y a qué se dedica usted?

El día que perdoné a la mosca

Sí, la perdoné, no la maté como hice con sus hermanas aquel día. Quizás estaba relajado y eso mismo me hizo ver las cosas de otra forma.

Algo había escuchado acerca del efecto mariposa, que dice que si uno mata una mariposa; por una extraña cadena de sucesos, se produce un tornado en alguna isla de Japón. Bueno, algo así pero al revés, fue lo que sucedió ese día.

Bajo la malla de la ventana ya tenía cuatro cadáveres de mosca y una quinta, que andaba revoloteando; estaba haciendo méritos para unirse al grupo. El insecto se apoyó en la malla, yo levanté lentamente el matamoscas y estaba a punto de dar ese rápido golpe que la tumbaría, pero me detuve.

La estaba mirando; me quedé observando cómo la mosca se frotaba las patas y luego les pasaba su trompa en un ritual de limpieza.

¿Sabría la mosca que iba a morir y se estaba preparando para eso, o no le importaba morir? ¿Es más importante limpiarse que morir? Lo que sí era evidente es que parecía disfrutar el simple y pequeño mundo de limpiarse las patitas.

Bueno, la perdoné y no solo eso, sino que abrí la ventana para que saliera, y se fue rápidamente.

Iba a volver a mi nada que hacer, pero decidí tomar desayuno. Había algo de pan y mantequilla, sin embargo quería algo más contundente, y lo merecía, ya que no todos los días alguien perdona a una mosca.

Salí a comprar un pan de dulce. Entré a una panadería cercana y la vendedora me saludó.

—Hola, ¿Qué va a querer?

Yo, aún impactado por mi proeza con el matamoscas, le comenté:

—Hoy perdoné a una mosca.

—¿Perdonó a una mosca?

—Sí. —le respondí.

—¿Era una mosca buena? —preguntó ella.

—No sé si era buena o no, la verdad es que eso no me preocupaba.

—¿Y qué le preocupaba? —preguntó ella.

—En ese momento nada me preocupaba.

—Entonces está feliz. —agregó sonriendo.

—¿Feliz?

—Sí, feliz por tener pocas preocupaciones.

—¿Usted tiene muchas preocupaciones? —pregunté.

—Unas pocas y una de ellas debería ser qué va a querer, pero me gusta su charla.

En ese momento llegaron dos mujeres que parecían apuradas por comprar.

—Atiéndalas a ellas —le dije—, yo estoy como niño en recreo.

—Ya vuelvo —me dijo mientras se alejaba con una sonrisa.

La miré a hurtadillas mientras entregaba unos panes de miel, luego pasé la vista por la variedad de tortas y pasteles. Ninguno parecía tan dulce como ella.

—¿Y qué pasó con la mosca? —dijo cuando regresó.

—La dejé salir, abrí la ventana para que quedara en libertad.

Quedó en silencio. Sus ojos tomaron una exquisita profundidad cuando me preguntó:

—¿Eso va a pasar con todas las moscas?

—Me pasó con esa en especial. —respondí

—¿Y qué la hace especial?

—Quizás porque la iluminé.

—¿La iluminó? —dijo sorprendida.

—Sí, con admiración.

Inclinó la cabeza mirándome interrogativa. Puso sus manos sobre el mesón e inclinándose levemente hacia adelante me preguntó.

—¿Y qué va a querer?

—Un pan dulce espolvoreado con azúcar.

De la vitrina tomó un pan de vainilla relleno con manjar y le sacudió encima un frasco de polvo de azúcar. Lo envolvió con destreza en un papel café y lo puso en mis manos.

—¿Cuánto es? —le pregunté.

—Nada.

—¿Cómo? —exclamé.

—Un regalo de la mosca.

Me di cuenta que sus ojos estaban viendo algo dentro de mí. Algo que ni en mil espejos yo habría sabido ver.

—Pero tú no eres mosca. —le dije.

—¿Y si lo fuera?

—Te dejaría en libertad.

—Muchas gracias —dijo, mientras, con una sonrisa, acercaba los dedos a sus labios y, con placer, sorbía el polvo de azúcar.

El impresor

La vez anterior no había aprendido mucho, quizás lo único que supe con claridad era que había un secreto, o quizás varios. Así que fui a consultar al que parecía saber más.

—¿El secreto de la vida? —me dijo— ¿Eso quieres aprender?

—Sí. —le respondí.

—Bien. Te daré un trabajo en el cual tendrás la posibilidad de aprender ese secreto.

—¿La... posibilidad? —dije sin comprenderle.

—Todo es una posibilidad. Incluso el aire es una posibilidad y sólo es una certeza cuando lo respiras. Pero..., ¿Quieres el trabajo o no?

—¿Qué tipo de trabajo? —pregunté.

—Serás impresor.

—¿Impresor? ¿Voy a usar alguna máquina?

—Como se trata de aprender, usarás tus propias manos. —dijo él.

—¿Impresor manual?

—Sí, de serigrafía, para eso usarás un marco con tela y una espátula.

—¿Y qué diablos voy a hacer con esas cosas? —repliqué.

—Puedes imprimir de todo y a la vez imprimir tu propia vida.

—¿Y qué voy a aprender con eso?

—Aprenderás que, si imprimes distraído, tarde o temprano las cosas saldrán mal, pero si imprimes atento hay más posibilidades de que las cosas salgan bien.

—Pero eso no es aprender sobre la vida. —afirmé.

—Justamente de eso se trata aprender sobre la vida. —dijo él— Observarás que cada pasada, cada movimiento, cada pensamiento es una impresión en la vida.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Yo fui impresor. —respondió.

—¿Ah sí? Bueno, manos a la obra entonces ¿Y... algún consejo útil antes de partir?

—¿Estas bromeando? Vete ya que no hay nada más útil y valioso que poner manos a la obra.

Cocina creativa

Una pareja de turistas se perdió en la selva. Ya llevaban un día caminando cuando se encontraron rodeados por caníbales armados con lanzas, arcsos y flechas.

—Los vamos a cocinar para la cena —dijo el jefe de los indígenas—, pero si nos cuentan una buena historia podrán marcharse.

—No se me ocurre nada. —dijo el marido.

—Tienes que ser creativo —le dijo ella—, no cuentes tus chistes manoseados.

—Antes te gustaba todo lo que fuera manoseado. Ahora te da miedo probar algo nuevo.

—Pero así la cosa es ordenada. No como esta selva que no tiene baños con paredes y nadie hace nada contra estos malditos mosquitos —dijo dando manotazos—, y además estos indios mal vestidos no estaban en ningún folleto.

—No me refiero a esta selva ni a estos nativos; ya que tú solo tienes creatividad para criticar a mi familia.

—¡Ja!, es que si hubiesen premios Guinness de ordinariez tu familia los ganaría todos

—¿Por qué no te quedaste en el hotel a ver basura en la televisión?

—Mira, idiota, yo veo programas culturales.

—Sí, claro. Es de mucha cultura ver cómo una tipa muestra en vivo cuando le pone los cuernos al marido.

—¡Cállense, no sigan! —terció el jefe—. Los vamos a cocinar, pero no los vamos a comer.

—Pero si no nos van a comer, nos pueden dejar ir; no hay necesidad de cocinarnos. —dijo el hombre.

—Los entregaremos cocinados a nuestros enemigos; ellos se envenenarán y ya no habrá más guerra.

La mujer lo miró con ojos ardientes mientras le apuntaba con el dedo.

—¡Escucha sabandija! Si nos cocinas, nuestro veneno quedará por siempre en tus ollas; en tus toallas, en el baño, en tu refrigerador, en el control remoto, en tus sábanas y en el aire acondicionado de tu tribu.

El jefe indio retrocedió espantado ante esa maldición.

—Lárguense y no vuelvan más.

Mientras se iban caminando, el marido le preguntó:

—¿Cómo se te ocurrió eso? No es tu fuerte ser creativa.

—Es la sensación que queda en mi casa cuando tu familia viene de visita.

Noche de verano

Es noche despejada y tranquila, de pronto el quejido de una mujer rompe la quietud.

—Aghhhh, aghhhh.

—Matilda —dice un hombre—. Despierta.

—Qué pesadilla tan horrible —dijo ella incorporándose en la cama—. Soñé que todo lo malo que me sucedía en la vida era causado por mí.

—¿Enciendo la luz? —dice él.

—No, gracias. Voy a refrescarme a la ventana.

—Te acompaño.

—¿No te molesta? —preguntó la mujer.

—No. Ya estaba despierto.

—¿Dónde estarán las Tres Marías? —preguntó ella mirando el cielo.

—Deben estar cazando algún José extraviado —respondió él.

—Jaja. Seguro. ¡Mira! la Cruz del Sur —comentó la mujer indicando al cielo con el dedo.

Al no recibir respuesta volteó la cabeza y vio que el hombre estaba sacando a tirones la colcha de la cama.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Esto va a servir allá afuera. —replicó él.

—No voy a dejar que la botes. Yo trato de tener la casa ordenada y tú siempre...

—Es para abrigarnos. —explicó él.

—¿Abrigarnos?

—Si, para abrigarnos mientras vemos las estrellas desde el jardín —dijo echando la colcha sobre sus hombros y tomándola de la mano.

Se tendieron en el prado a ver las lejanas luces titilantes. Quedaron en silencio un buen rato, sobrecogidos del cielo que parecía alimentarse solo de silencio.

—Ahora entiendo lo que dijo un astronauta —murmuró él.

—¿Qué dijo?

—Que en el cielo siempre es navidad. Mira Matilde —dijo apuntando su dedo a lo alto—, es como si el cielo fuese un bosque de árboles navideños invisibles y vemos sólo sus lucecitas.

—Es verdad —dijo ella—. Es entretenido jugar a ser astronauta.

—Si. Es entretenido jugar a no ser lo que siempre somos.

La mujer levantó la cabeza para mirarlo a los ojos mientras le pasaba los dedos por el pelo y le preguntó:

—¿Recuerdas lo que te dije de mi pesadilla?

—Si; que todo lo malo que te sucedía era causado por ti.

—Quizás no se trató de una pesadilla. Creo que fue un sueño para cambiar las pesadillas de mi vida.

Desayuno para días fríos

Cuando era niño, desde mi cama, a través de la ventana veía una gotita que brillaba como un pequeño sol. El año pasado también estaba ahí, pero había desaparecido a los pocos días.

—Abuelo —llamé—. Ven a ver una gotita que brilla.

—¿Dónde? —dijo entrando a mi pieza.

—Ahí afuera. Cayendo del tejado. Crece y brilla antes de caer.

Mi abuelo se tendió a mi lado para ver desde ahí. Yo aproveché de apegarme a su olor a leña y sudor.

—Una gotita de sol —dijo—. Por un instante, al caer, refleja el sol como un lente.

—Antes estaba y después ya no —le dije.

—Para verla hay que tener mucha suerte; depende de la humedad, del lugar de dónde se mira, de la altura del sol y también de tu altura.

—¿Cuando crezca ya no la veré? —dije mientras enrollaba en mi dedo una hebra que salía de un agujero de su chaleco.

—La verás si te pones a la altura de un niño pequeño.

—Pero abuelo, tú también la viste.

—Porque me puse a tu lado y miré como niño.

—¿Tenías una gotita de sol cuando eras chico? —le pregunté.

—Creo que no, pero tenía una chica bonita en la pared de mi pieza. Era un descascarado en el muro que tenía forma de chica con trenzas. Tenía un ojo caído y le faltaba una ceja. Un verano arreglaron la pared y la pintaron.

—¿Y ya no estaba más?

—Un día me puse frente a la pared. —dijo el— Cerré los ojos y, con un lápiz, la dibujé de memoria. También le arreglé el ojo y le puse una ceja nueva.

—¿Todavía está en tu pieza?

—Esta era mi pieza de niño.

—¿Y dónde está el dibujo? —dije buscando con la mirada.

—Cuando me casé pintamos toda la casa. Si uno se casa con una chica bonita las otras tienen que desaparecer. Pero ya tienes que levantarte.

—Hace frío y no tengo ganas de ir al colegio. —le respondí.

—Si te vistes rápido le ganarás al frío.

—¿Y mis zapatos?

—Ya vienen, están tomando desayuno.

—¿Abuelo. Toman desayuno los zapatos?

—Ya lo verás. Ponte la ropa mientras tanto.

Ya estaba vestido y sentado en la cama cuando mi abuelo llegó con mis zapatos.

—¿Qué tomaron de desayuno? —le pregunté.

—Tú me lo dirás, pónelos.
—¡Están calentitos! —dije mientras él me los abrochaba—. Se siente muy bien.
—¿Como si fuese arena tibia de verano?
—Sí.
—¿Como si pudieras correr y saltar por todos los caminos?
—¡Sí! —exclamé.
—Con pies contentos se puede recorrer cualquier camino; el camino al colegio, el camino a la quebrada, y el camino al bosque; ahí buscaremos leña seca cuando vuelvas de clases.
—Abuelo ¿Cuándo volvamos del bosque —le pregunté—, puedo hacer un dibujo en la pared de mi pieza?
—Sí ¿Qué vas a dibujar?
—Te voy dibujar a ti.

El camino al paraíso

Esa noche el obispo estaba con sueño intranquilo, quizás se debía a la cena. Mañana le diría a la cocinera que cambiara el cerdo por pavo que era más sano. También estaba lo de ese extraño sueño; venía un fraile a buscar algo para llegar al paraíso.

En la mañana despertó de mejor ánimo pero solo le duró hasta que trató de ponerse la sotana. Comenzaba a quedar muy ajustada, tomó su agenda y anotó que debía venir el hermano sastre para que le tomara nuevas medidas.

Unos discretos golpes en la puerta anunciaron a su secretario.

—Su excelencia, muy buenos días. En el jardín hay un viejo fraile peregrino que desea darle sus saludos.

—Dele mis bendiciones, ah y también agua y un poco de pan para el viaje.

—Quiere hablar con usted su excelencia.

—¿De qué orden es?

—No lo ha mencionado. Tampoco pude saberlo por lo desgastado de su hábito.

El obispo recordó su sueño y hizo que llevaran al fraile a su presencia.

—Hermano. ¿A dónde te diriges?

—Al paraíso.

—¿Y sabes dónde está?

—Debo estar cerca, cada día encuentro más señales de él.

—¿Y qué señales son esas?

—El rocío en los campos al amanecer, un pan compartido a la vera del camino, la risa de un niño jugando con un cachorro, el silbido nocturno de un enamorado...

El obispo recordó cuando él era joven y oraba de noche, casi a gritos, por alguien que le diera una pista de ese camino. Años atrás tal vez se habría aventurado a una cosa así. Ahora su labor era administrar la iglesia para recordar a los creyentes que en el cielo existe el paraíso; alcanzable a través de los sacramentos por supuesto.

—¿Y qué necesitas? —dijo al recordar que tenía una reunión con el gobernador y ya debía despedirse del fraile.

—Necesito compañía.

—¿Compañía?

—Sí, necesito la compañía de tres monedas de oro.

—¿Y para qué es ese dinero?

—No lo voy a gastar, si encuentro el paraíso se lo devolveré.

A regañadientes el obispo le entregó las monedas y se despidió de él. Pero se arrepintió y, antes de que el fraile llegara a las puertas de la ciudad, lo alcanzó y le preguntó:

—¿Puedes hacer el viaje con dos monedas?

—Si también.

—¿Y con una?

—También.

—¿Y si no llevas ninguna?

—También puedo —dijo el monje mientras le devolvía el dinero—. La verdad es que así iré más aligerado y sin preocupaciones.

—¿Y por qué vienes a pedirme monedas para el viaje si puedes hacerlo sin ellas?

—Tuve un sueño en que veía que, como trabajas en esto, estarías encantado de dejar el oro para acompañarme.

La bañista

Era invierno y habían vuelto los dolores de espalda. Mejor dicho los dolores de las dos espaldas, porque sucedía que mi espalda se separaba en dos, como dos rivales de lucha libre que, entrelazados, se empujaban y apretaban sin avanzar ni ceder. Así, abrazados en doloroso combate, podían estar horas, días y semanas sin que se definiera un ganador.

Lo peor es que se ponían a pelear sin aviso previo, en cualquier lugar, como cuando se les ocurrió hacerlo en las escalas del metro y ahí quedé, congelado como estatua de futbolista, o la vez que me acomodé en el diván de una multitienda y tuvieron que levantarme entre cuatro personas como si fuese una mesa.

Tenía formas de que terminaran de pelear por supuesto. Una de ellas era llevarlos a trotar, o ir por los cerros en bicicleta; pero me decidí por la piscina porque, astutamente, pensé que no podrían pelear mucho bajo el agua.

En la piscina municipal, que era temperada y techada, daba unas tres o cuatro vueltas, luego jugaba haciendo chapuzones con las manos, después me quedaba relajado con los brazos extendidos, observando el oxidado techo. Todo iba bien hasta que la paz del lugar se desvaneció con la llegada de la bañista.

Era una delgada viejecita de unos ochenta y tantos años, que con bañador completo, lentes de baño y gorra de goma, se daba repetidas zambullidas.

En la cerca que rodeaba la piscina dejaba su bastón y su toalla bien estirada. Se ajustaba los lentes y la gorra y caminaba lentamente a la base de lanzamiento. En ese momento todos quedábamos pendientes de la anciana, por si se resbalaba en el suelo mojado.

Ella se subía al húmedo escalón, un pie primero y luego el otro. En seguida al segundo escalón, hacía una pausa y llegaba al tercero. Nadie nadaba, jugaba o hacía ejercicios. Todos estábamos expectantes por si se caía del punto de salto. El salvavidas, ya erguido en su asiento, se quitaba la toalla de los hombros y se mantenía atento.

La mujer, una vez de pie en la cima, inclinaba la cabeza y juntaba las manos frente a la cara como si fuese a rezar.

En esa posición se iba inclinando poco a poco, como virgen en un pedestal que va cayendo en cámara lenta. En el último momento doblaba las rodillas, daba un pequeño salto y se zambullía como un pingüino.

El chapuzón nos hacía soltar un suspiro de alivio, pero en seguida volvíamos a contener la respiración, listos para buscarla en el fondo por si no aparecía. Pero aparecía, aunque demoraba, siempre aparecía lanzando un chorrito de agua por la boca. Salía de la piscina y, chorreando agua, caminaba lentamente al punto de salto para otro lanzamiento. Así lo hacía una y otra vez.

Un día no aguanté más y le pregunté si no sería peligroso tirarse desde ahí.

—¿Usted se pone nervioso? —me preguntó levantando los lentes y mostrando unos pequeños ojos de ardilla curiosa.

—La verdad es que me preocupa.

—Venga —dijo tomando con firmeza mi mano— Salte conmigo y se le va a pasar.

El cuento del burro

Levaban un burro al matadero porque ya estaba viejo. El animal iba tan triste que tardó en darse cuenta que en el suelo había una moneda de oro. La pisó con una pezuña para ocultarla mientras inclinaba la cabeza para tratar de tomarla con la lengua. Se detuvo al ver que un gallo lo observaba.

—¿Qué miras? —dijo el burro.

—Un burro siempre será burro —dijo el gallo—, pero puede aprender algo si tiene sueños de hombre.

—¿Qué dices? —respondió el burro con mirada hosca.

—Tómala ya y no pierdas el tiempo conmigo.

El burro se echó la moneda a la boca y cayó en un profundo sueño.

Despertó en un lugar oscuro, tenía encima algo que parecía una frazada. Se incorporó a medias.

—Me estás destapando —dijo una voz de mujer en la oscuridad.

Asustado, dió un salto pero tropezó y cayó al suelo.

—¿Que estás haciendo? —dijo la mujer encendiendo una vela.

El comenzó a mirarse las manos.

—Tengo manos de hombre —exclamó—, y mis pies también. Mi piel es de hombre. ¡Ya no soy un burro!

—Omar ¿Que te pasa?

—¿Quién eres tú?

—Soy tu mujer.

—¿Tengo mujer? —preguntó el.

—Soy Zelaida, tu mujer ¿Acaso me quieres abandonar? —dijo furiosa—. ¿O has tenido una pesadilla?

El respondió rápidamente.

—Ha sido una pesadilla —dijo el— ¿De verdad que no soy un burro?

—Mira aquí si ves un burro —le dijo ella pasándole un espejo.

Omar se revisó desnudo por delante y por detrás.

—¿Que te pasa ahora?

—Me estoy mirando. —respondió el.

—Pues deja de gastar vela que no somos ricos ¿Y por qué hablas tan raro?

El hombre se metió un dedo en la boca y sintió ahí la moneda de oro.

“Ha sido la moneda de oro —pensó—, la moneda me transforma en hombre”

—Acuéstate ya. —dijo su esposa.

Obedeció y se tendió en el suelo al lado de la cama.

—¿Y qué haces ahí? —preguntó ella incorporándose.

—Ya estoy acostado. —afirmó.

—Déjate de chistes y sube a la cama o te doy con el candelero.

Omar se levantó temprano y fue al patio a buscar algunas hierbas para desayunar. Estaba mordisqueando unas ramitas cuando vio a una burra en un corral vecino. Era la burra mas deseable que había visto en su vida.

Estaba a punto de saltar la cerca cuando apareció su mujer.

—Omar. ¿Qué haces?

—Tengo hambre —dijo—, mirando para otro lado y echándose unas hierbas a la boca.

—Hay agua y un poco de avena para que comas. El pan ya va a salir del horno.

Se sentó en un piso y su esposa le pasó un cuenco con agua y avena. Trató de comer pero como le molestaba la moneda en la boca la dejó en un pliegue de su pantalón. El agua y la avena se sentían extraños pero quedaba mejor si, a escondidas, le ponía un poco de pasto.

Terminado el desayuno volvió al patio mientras miraba de reojo a la burra.

—¿Y ahora qué estás esperando? —preguntó ella.

—Que me lleven a trabajar.

—Tú tienes que ir a trabajar solo. Toma —dijo pasándole una bandeja—, ve a vender panes.

—¿Vender panes? —dijo el.

—A una moneda de cobre cada uno, y no los comas.

Llegó al mercado y se sentó en el suelo con la bandeja al lado.

Un vendedor de baratijas se acercó, dejó una moneda y tomó un pan, otras personas hicieron lo mismo hasta que solo quedaron dos panes.

Omar estaba asombrado de que, para algunos hombres, trabajar es quedarse sentado esperando que llegue el dinero. Pensó, riéndose, que si todos los burros supieran eso ya no quedarían burros en el mundo.

Se acercó un mercader rico y le preguntó.

—¿Tu pan es dulce o salado?

—No sé —dijo él— no lo he comido.

—¿No has probado el pan hoy?

—Nunca he comido pan. —replicó

—¿Vendes pan y nunca has probado uno? ¿Es verdad? Entonces deberías ser sacerdote o político.

—Prefiero ser hombre y vender pan. —aseveró el.

—Escuchen —dijo el mercader al grupo de gente que se había congregado—. Este si que es un hombre honrado.

—¿Los hombres honrados no comen pan? —preguntó Omar

—Un hombre honrado sabe lo que come —dijo el rico— Compraré tus dos panes para que puedas comer uno. Prueba y nos dices qué te parece.

Omar tomó un pan y le dio un mordisco, cerró los ojos, masticó lentamente y soltó un profundo suspiro.

—Es como una nube atrapada en una ligera corteza tostada por el sol. Por dentro tiene sabor a arroyo y granos de pradera con un rocío de brisa de mar.

El mercader miró a Omar y luego a su pan. Mordió un pedazo, cerró los ojos y comenzó a masticar pausadamente.

—Es verdad, tiene todo eso que ha dicho. Este es el mejor pan que he comido. Pruébenlo —dijo repartiendo su pan a los curiosos.

—Es cierto —dijo uno cerrando los ojos mientras mordía—. Este pan es de reyes.

—Está hecho por ángeles —dijo otro.

—Toma —dijo el rico depositando cuatro monedas—, tu pan vale el doble ¿Mañana también estarás aquí?

—Sí. Tendría que ser burro para no estar aquí. —respondió el.

Omar llegó al atardecer a su casa y mostró las monedas a su mujer.

—Eran veinte panes y has traído veintidós monedas ¿Qué sucedió? —preguntó ella.

—Un mercader me pagó doble pues le gustó el pan. A mi también me gustó.

—¿Te gustó el pan?

—Sí, está hecho por ángeles.

—Lo hice yo. —dijo ella.

—Zelaida ¿Eres un ángel?

—Sí, y esto también hacen los ángeles —le dijo mientras lo tomaba de la nuca y colocaba sus labios sobre los de él.

Omar dio un salto hacia atrás con los labios cerrados.

—¿Que tienes en la boca? —preguntó ella?

—Nada.

—Me ocultas algo.

—Dije que es nada —respondió él marchándose.

Fue a dar una vuelta al mercado. Vio un lugar donde vendían comida y se sentó en una banca.

—¿Qué vas a querer? —dijo el tendero— Hay pastel de carne, guiso de zapallo y manzanas confitadas.

—Quiero dos panes.

—¿Solo eso, nada más?

—Sí. —dijo el.

Sacó la moneda de su boca y la dejó en el cinto. Tomó el pan que le trajeron y lo mordió. No era tan bueno como el de su esposa, así que le agregó un poco de hierbas y pasto que tenía en el bolsillo.

El tendero, que lo observaba de lejos, le comentó a su esposa.

—Mira, ese hombre tiene una moneda de oro pero solo come hierbas y un poco de pan. Ese sí que es burro.

Al otro día Omar salió de nuevo a vender pan. Zelaida tomó un cántaro y se dirigió a la fuente en busca de agua. Varias mujeres la estaban esperando para contarle los últimos chismes.

—Tu hombre esconde una moneda de oro en la boca —dijo una.

—Y a tí no te compra ni un pañuelo —agregó otra.

—Escucha —dijo una vieja desdentada tomándola del brazo— Para que la suelte tienes que darle queso, vino y carne ardiente.

—¿Carne ardiente?

—La tuya por supuesto, ¿o acaso quieres que te preste la mía?

Esa tarde Zelaida pasó al mercado a comprar un trozo de buen queso y una jarra de vino. Una vez hechas las compras vio a Omar, quien ya había vendido todos los panes. Estaba sentado fascinado mirando todo como si fuese un extranjero recién desembarcado.

—¿Que haces? —le preguntó ella.

—Veo cómo se mueven comprando cosas para obtener algo. A los burros hay que obligarlos para que trabajen, pero a los hombres nadie los obliga a hacer lo que hacen.

Zelaida quedó rígida como una estatua, en seguida se sentó a su lado apoyando la cabeza en las manos.

—¿A qué has venido al mercado? —preguntó el.

—Vine a comprar una cosa para obtener otra. —dijo en un susurro.

—¿La jarra y ese paquete?

—Sí. Pero ahora los voy a tirar al río. —dijo ella levantándose de golpe.

—Espera. Te compré un pañuelo. —dijo Omar.

—¿Que? —respondió ella.

—Es para tí —dijo mientras extendía un vaporoso pañuelo multicolor.

Zelaida lo miró sorprendida. Puso el pañuelo en su pecho y le dijo.

—No iremos al río. Quiero que vayamos a casa.

—¿Podemos ir más tarde? Aquí es como mirar un río, uno no se cansa de mirar la corriente. ¿Por que te ríes? —dijo Omar.

—Tú estás como un río. —respondió la mujer con una sonrisa.

Regresaron a su casa a la hora plateada, aquella en que se van los colores y brotan los miles de grises que preceden a la noche.

—¿Estás con hambre? —dijo Zelaida colocando en la mesa una tabla de madera con trozos de queso.

Omar probó el queso.

—Ohh —dijo.

—¿No te gustó?

—Es delicioso. Es como morder el corazón de la leche. ¿Y eso que es?

—Vino de la sierra, para acompañar el queso. —respondió ella mientras le servía una copa.

Omar comenzó beber ese líquido oscuro. Se sentía como si desenfrenados soles y lunas corrieran por sus venas.

—Beberlo es como si la noche comenzara a bailar. Zelaida ¿Por qué querías tirarlo al río?

—Creí que el río se podía tragar mis errores. —dijo ella— ¿Y tú? Estás diferente. Te quedas maravillado ante todo.

—Estos días, y esta noche, son maravillosos.

—Verás que esta noche la hago yo. —dijo Zelaida mientras se acercaba a él y le ponía la mano en la entrepierna.

Omar no sabía si estaba más mareado por el vino o por el fuego que le comenzaba a correr por el cuerpo.

La mujer levantó su túnica y se puso a horcajadas sobre sus piernas.

“Ohhh. Esto es lo que sienten los ángeles cuando se van al cielo”. —pensó Omar en medio de crecientes y fuertes jadeos.

—¡Para, para! —gritó la mujer.

—¿Qué? ¿Que deje de moverme?

—No. Sigue así, no te detengas —dijo ella—. Pero deja de rebuznar.

Despertó desnudo en el suelo al lado de la cama desarmada. El dormido rostro de su mujer, apoyado en su hombro, dejaba caer pequeñas gotas de saliva de sus labios.

“Después de esto —pensó mientras la miraba con ternura— ya no volveré a mirar una burra. Sí que es buena la vida de un hombre. Mucho mejor que la de un burro; trabaja menos; tiene el pan, el queso, el vino y la mujer. Lo mejor es la compañía de la mujer. Si todos los burros supieran esto...”

De pronto se acordó de la moneda. Ya no la tenía. La había perdido. Levantó la cabeza para mirar la cama y el suelo.

—¿Buscas la moneda? —preguntó su esposa entreabriendo los ojos.

—Sí. —dijo él.

—Toma. Aquí está —dijo extendiendo su mano. Enseguida volvió a acomodar la cabeza en su pecho.

Omar suspiró aliviado. Tomó la moneda de entre los sueltos dedos. Se levantó y comenzó a vestirse.

—¿Vas a salir? —preguntó Zelaida.

—Volveré luego —dijo, agradeciendo que no le preguntara adónde, pues no se atrevía a decirle que iba a que le pusieran una cadena a la moneda

Estaba llegando al bazar de los joyeros cuando se cruzó con una caravana de camellos, en sus costados llevaban grandes fardos de pasto. Omar sintió picazón en la nariz y estornudó tan fuerte que la moneda saltó lejos.

La buscó en derredor pero no la encontró. Cayó la noche y ya nada más pudo hacer.

Al otro día, en vez de ir a vender pan, volvió a buscar la moneda, y el siguiente también se lo pasó escudriñando el suelo.

Un gallo, que le parecía conocido, se acercó a preguntarle:

—Hombre ¿Qué estás buscando?

—Mi moneda —respondió Omar—. Debo encontrarla para no volver a ser burro.

—Jajaja —rió el gallo— Te has contagiado la enfermedad de los hombres; no saben distinguir un sueño de un ensueño.

—No entiendo.

—Te ayudaré. Mira; ser hombre es un sueño y un ensueño es tratar de sostener un sueño con cosas vanas.

—Eso no me ayuda a encontrar mi moneda.

—Umm —dijo el el gallo—. Entonces hay que mirar el suelo.

El ave dio unas vueltas alrededor y exclamó:

—Aquí hay algo.

—¿Qué encontraste?

—Huellas de burro y hay algo más.

—¿Qué es?

—Estoy frente al burro que acaba de hacerlas.

El aspirante

La cárcel de la ciudad de Fuentefortuna es un edificio de tres pisos, gris, de muros gruesos, ventanas pequeñas y angostas con barrotes forjados a mano. Una gran multitud esperaba, frente al presidio, al hombre que, seis meses atrás, había ingresado voluntariamente por esas mismas puertas.

A mediodía las altas puertas de roble se abrieron y apareció el aspirante, un hombre de unos 50 años, pálido, delgado, sucio y con ropa que le quedaba grande.

En la plaza le tenían preparada una tina, llena con agua caliente, a cubierto de las miradas con finas cortinas, para que se aseara. Pero él solo tomó un poco de agua con las manos y se frotó el cuello y la cara.

Lo llevaron a la calle principal en donde estaba instalada una larga mesa de banquete; había cordero en salsa de menta, faisán adobado con trufas, pepinillos a la pimienta, quesos de la región, torta de chocolate, vinos de burdeos, Cabernet y Sirah. Media docena de botellas de champaña, kuchen de manzana, duraznos en almíbar y merengues venecianos.

Se le puso en el puesto de honor del banquete. Hubo un brindis tras el cual el aspirante solo se mojó los labios saboreando un par de gotas.

Todos estaban expectantes cuando le servían los mejores platos, a cada uno que le pasaban el lo entregaba a otra persona.

Esperó a que todos tuvieran su plato servido en abundancia y se puso de pie.

Los asistentes quedaron quietos observándolo..

El aspirante colocó un pie sobre su silla, se levantó el pantalón, descosió el doblez y sacó de ahí un par de monedas. Pidió que lo disculparan un momento y se dirigió a la panadería.

En cinco minutos ya estaba de vuelta, colocó un pan, un pedazo de queso y unas aceitunas y pidió por favor que lo acompañaran a comer.

Todos comenzaron a aplaudir y la banda municipal hizo una estruendosa aparición tocando la marcha turca.

Cuatro hombres sonrientes se acercaron a darle abrazos. Le ciñeron al cuerpo una ancha banda amarilla con un escudo de la ciudad. El motivo de tal alegría no era menor pues Fuentefortuna acababa de elegir a su nuevo alcalde.

El guardián de las maletas

En el verano de 1966, cuando tenía ocho años, llegamos a vivir a Santiago y nos preparamos para ir unos días a la playa, pero justo entonces mi papá se enfermó de tifus. Para no contagiarme, mi mamá le pidió a mi tío Aurelio, que trabajaba de vendedor viajero, llevarme al sur con él. Yo estaba contento porque me gustaba viajar en tren y además el tío Aurelio siempre contaba chistes y se hacía amigo de todo el mundo.

Salimos un día sábado de Santiago, en un tren de siete carros tirados por una locomotora eléctrica. Llegamos a la estación de Osorno ya de noche. Bajamos y mi tío me dejó en el andén cuidando las maletas mientras iba a llamar por teléfono.

—Estate atento —me dijo antes de irse— mira que los ladrones roban cuando uno pestaña.

Yo me quedé abrazado a las maletas con los ojos bien abiertos tratando de no pestañear, pero luego pensé que si las abrazaba con las piernas sería lo mismo y así podría estar sentado en ellas. Había mucha gente con maletas, bultos, canastas y gallinas. De pronto escuché un fuerte resoplido y otro y otro más, como si se acercara un gigante cansado. Mirando hacia al fondo, detrás de la gente, vi que se acercaba un inmenso chorro de humo blanco que iba derecho al cielo. Me levanté para ver de más cerca. Era una inmensa locomotora de vapor que venía entrando a la estación. Eché otra mirada y volví a sentarme al tiro en las maletas, acordándome de no pestañear. En ese momento apareció mi tío con cara de preocupación.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, pero tengo hambre, quiero un sandwich —respondí.

—No te muevas de aquí —dijo mientras se sacaba la chaqueta de un tirón y salió apurado subiéndose las mangas de la camisa. Yo me quedé pensando qué tan grandes debían ser los sándwiches de Osorno que había que arremangarse para traerlos.

Volvió enseguida, con la camisa abierta y con dos maletas iguales a las de nosotros.

—¿Por qué compraste más maletas? —pregunté extrañado.

—Estas son las de nosotros, las habían robado. Te sentaste en otras.

Me dió mucha rabia, así que me puse a mirar fijo a todos los que pasaban, por si a alguien se le ocurría acercarse a nuestras cosas.

—Los ladrones sí que son esforzados, —comentó mi tío, mientras se arreglaba la camisa— no faltan al trabajo aunque sea sábado, domingo o festivo.

—¿Y cómo las encontraste? —le pregunté.

—Vi pasar a un tipo apurado con unas maletas que me parecían conocidas y vine a ver si estabas bien, luego lo alcancé en la calle y se las quité con cuatro puñetazos y una patada.

—¿Cuatro puñetazos y una patada? —dije soltando una risotada.

—Sí, cuatro puñetazos y una patada, bien dados.

Me puse a dar puñetazos y patadas en el aire para practicar, pero sin querer le atiné en el trasero a una señora que se dio vuelta muy molesta.

—¡Señora mía! —dijo mi tío moviendo las manos como si fueran mariposas—, por favor, disculpe a mi sobrino por ser tan bruto con la belleza femenina.

Yo quedé con la boca abierta, no por lo de bruto si no porque no veía ninguna belleza.

La mujer sonrió y puso los ojos entrecerrados igualito al Canícula cuando uno le rasca la espalda.

Como mi tío no le tomó más conversa ella continuó su camino, moviendo el trasero de una manera que tenía los ojos de mi tío pegados en él.

—El bruto eres tú, —le dije dándole un codazo en las costillas para despabilarlo — Esa señora te podría robar las maletas sin puñetazos ni patadas.

La alfombra voladora

Al reino de Iskaidan llegó un buhonero con los remedios de costumbre para la caída del pelo, otros para devolver la virilidad a los hombres y también encantamientos para atraer la buena suerte. Como advirtió que esas cosas ya no atraían el interés de los pobladores comenzó a anunciar en alta voz.

—He traído conmigo lo que nunca se ha visto; una alfombra voladora que les puede llevar a lugares remotos. Por una moneda de plata los puedo transportar al otro lado del desierto y el mar.

Muchos no le creían pues era una alfombra común y corriente y que además se veía muy vieja y gastada.

Un joven vendedor de baratijas se acercó y le dio una moneda de plata. Ambos se subieron a la alfombra, esta tembló y se elevó hacia el cielo hasta perderse en las nubes.

Todos quedaron con la boca abierta y, minutos más tarde, la volvieron a abrir mas grande aún, cuando los viajeros volvieron.

—El mar, —decía el vendedor de baratijas— desde arriba se ve el mar, y en el hay barcos. Me iré a la costa para subir a un barco.

Muchos quedaron maravillados y pagaron la moneda de plata no solo para viajar si no que también aprovechaban de traer dulces de Basora, nieve de las montañas y libros de Alejandría.

Un día llegó una mujer cubierta con un velo acompañada de dos esclavas.

—Toma una moneda de plata, —dijo la esclava de más edad.— Mi ama desea que la lleves en tu alfombra.

—Las esclavas, abrazadas de susto, vieron cómo se elevaba la alfombra con las dos figuras sentadas en ella. Ya se desvanecía el día cuando vieron regresar a los viajeros.

—Ama, —dijeron las esclavas— teníamos temor de no volverla a ver, ¿Qué trae en esa bolsa?

—Telas, instrumentos y libros. Pero lo mejor es lo que he visto y escuchado —dijo mientras miraba de reojo al buhonero. Este le ayudó a descender de la alfombra mientras en un susurro le decía:

—Su alteza, todo lo visto y oído no es nada comparado a lo que uno mismo puede hacer.

Esa noche estaba el buhonero descansando al lado de su carruaje cuando llegaron los guardias del rey para tomarle prisionero.

En la mañana compareció ante el monarca quien le preguntó:

—¿Es cierto que tienes una alfombra voladora que usas para llevar a las personas a otros lugares?

—Si su alteza.

—¿Y también es cierto que esas personas aprenden cosas que no son de este reino?

—Puede ser así su alteza.

—Y que a causa de eso quieren cambiar las leyes y las costumbres.

—Eso depende de las personas, no de mí.

—Pero eres tú el causante de todo eso.

—¿El camino que rompe la rueda es culpable de que la rueda esté agrietada y el carro sobrecargado?

—¿Estas mofándote de mi autoridad?

—He aprendido que la única autoridad de un hombre es su propia respiración.

—respondió el buhonero.

—Entonces verás que mi autoridad puede detener tu respiración: serás colgado al amanecer y tu cadáver arderá envuelto en la alfombra.

En ese momento apareció la reina quien había sido avisada de la detención del buhonero.

—¿Qué ha sucedido.?

—Ha desafiado mi autoridad y por eso será ejecutado al amanecer.

—¿Puedes perdonarle la vida si te lo pido?

—No es posible. Mi palabra es ley.

La reina juntó las palmas de sus manos y las llevó a los labios en son de súplica.

—¿Y si atrasas la ejecución un mes, para que pueda arrepentirse de sus palabras?

—Así se hará. La ejecución será en un mes, pero la alfombra irá al fuego hoy mismo.

El buhonero quedó confinado en un calabozo y la reina lo visitaba todos los días para que reconsiderara sus palabras.

Transcurridos dos semanas ella fue donde el rey para una nueva petición acerca del prisionero.

—Sabes que no le voy a perdonar la vida. —dijo el monarca.

—No es eso. Quiero para mi todas las maderas del patíbulo.

—Bueno, las tendrás todas y puedes hacer con ellas lo que quieras. —¿Y las palabras de arrepentimiento?

—Dijo que se las dirá al verdugo antes de morir.

Llegado el día de la ejecución el buhonero fue colgado al amanecer. La reina se ocupó en que lo enterraran mientras ordenaba que todas las maderas del cadalso las llevaran a su habitación.

Esa tarde el rey fue a verla mientras ella estaba acompañada de varias damas.

—No logro entender las palabras del buhonero, —comentó el soberano— solo le dijo al verdugo “Me gustaría haber sido más discreto para haber vivido más, pero la vida nunca es discreta a los ojos abiertos”

—Creo que expresa mucho arrepentimiento.

—Sí, eso parece, ¿Y qué haces con esas maderas y estas doncellas?

—Telares, telares para fabricar alfombras.

Movimiento robótico

Era ya inicios del año 2075 y el presidente del gobierno mundial debía decidir, antes de mayo, de qué manera se iban a distribuir las nuevas partidas de robots para las colonias de la Luna, Marte y Venus.

Los nuevos modelos de robots tenían inteligencia y percepciones mejoradas, por eso mismo no quería enviar muchos de ellos fuera de la tierra para evitar un excesivo desarrollo de las colonias.

Un zumbido de la puerta deslizante atrajo su mirada. Era el ministro europeo que entraba a la carrera a su oficina.

—Señor presidente tenemos problemas — dijo en medio de jadeos.

—¿Con las colonias?

—No con los robots. Están en huelga —dijo el ministro

—¿En huelga?

—Es a causa de los impuestos que les hemos aplicado.

—¡Qué!, ¿Acaso no quieren pagar impuestos como todo el mundo? —bramó el presidente.

—No es eso. Dicen que están felices de pagar impuestos y por nada del mundo dejarían de hacerlo.

—¿Y qué quieren entonces?

—Que como pagan impuestos ahora quieren votar.

Iván Consinsuerte

Iván iba feliz en su moto nueva, recién ganada en una rifa. Por mirar a una muchacha se estrelló con un grifo y saltó por el aire, por suerte cayó en el pasto aunque también tenía caca de perro fresca. Mientras se limpiaba encontró un anillo de diamantes y lo fue a vender pero lo llevaron detenido porque era robado. Por suerte en la cárcel vio a un conocido que le dijo que esa noche iban a escapar por un túnel y que podía unirse al grupo.

En la cena el guardia le preguntó por qué dejaba los tallarines con salsa si estaban buenos, el respondió que no quería llenar el estómago pues más tarde comería pizza en el centro. El carcelero alertó que se tramaba una huida y los presos persiguieron a Iván para pegarle y tuvo que trepar como mono al poste más alto del patio. En ese momento se escuchó un estruendo en la calle; un camión tolva que pasaba quedó hundido justo donde estaba el túnel de escape, el cual se derrumbó.

Los reclusos regresaron donde Iván estaba encaramado para darle las gracias por haberles salvado la vida. Él, muy aliviado, saltó del poste, pero la mala suerte hizo que cayera justo encima del matón del presidio y le quebró la nariz. El tipo se arremangó la camisa para estrangularlo pero se puso a saltar de alegría mientras se tocaba la cara, sucede que el mafioso antes tenía la nariz torcida y ahora le quedó derecha. Eso si que es suerte.

Si este libro te ha gustado considera una donación vía
Paypal en www.armandoacuna.com

Ahí también puedes descargar otros libros gratis.
No te arrepentiras.